

ESPIONAJE

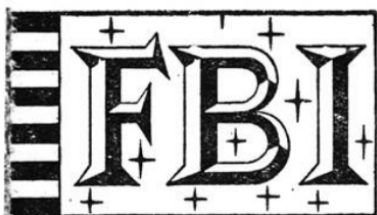
A CIRCUITO CERRADO

MORTIMER CODY

R

FBI





R

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 24.960-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Espionaje a circuito cerrado

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

SIN que destacara, ni mucho menos, del resto de la gente que aquella mañana visitaba el Museo de Historia Natural y Ciencia, de Miami, la pareja resultaba un tanto insólita, chocante. Él, Terboven, era un nombre más bien bajo, fuerte, con el cabello castaño, y los ojos de un azul desvaído. Ella, «*frau*» Herberg, era alta, más que Terboven, y huesuda, con el cabello blanco y la faz rubicunda.

Mientras que Terboven se limitaba a mostrar una sonrisa, casi amable, la dama no cesaba en su charla. Ya era muy cortés por parte de Terboven escucharla y sonreír encima, lo cual tenía encantada a la dama.

En aquellos momentos se encontraban visitando la segunda planta del Museo. Había bastante gente; casi toda, componentes del grupo que desde Colonia, Alemania Federal, habían emprendido el viaje colectivo, turístico, rumbo a Estados Unidos. Se oían discretos rumores, se notaba cierta influencia del sol de Miami en aquellas pieles blancas, que presentaban algunos enrojecimientos.

—Maravilloso, «*herr*» Terboven. Realmente maravilloso.

Siempre amable, Terboven miró a la dama del cabello blanco.

—¿Qué es lo maravilloso, «*frau*» Herberg? —inquirió.

Ella le miró, muy sorprendida, al parecer.

—Pues... todo. Absolutamente todo. Desde la salida de Colonia hasta este momento, en que nos encontramos en Miami, Estados Unidos. Lo lamentable es que la excursión toca a su fin. Por supuesto, no la olvidaré. ¿Sabe?, tenía otro concepto de los americanos y de sus cosas. Por ejemplo, la cultura. En Europa les tachan de incultos, y nosotros hemos visto en este país grandes cosas.

—Ya...

—¿Ésta es su respuesta, «herr» Terboven? ¿Sólo eso? —inquirió, casi escandalizada, la dama.

—La verdad es que estoy impresionado, y necesito pensar sobre todo lo que he visto... No es fácil llegar a una conclusión.

—Es cierto. Hemos visto muchas cosas en muy poco tiempo.

—Así es. Supongo que es un país demasiado grande; un auténtico gigante, al que habría que observar despacio, con más tiempo.

—Exacto, «herr» Terboven: eso es lo que yo había pensado. Es muy probable que el año próximo realice una nueva incursión por este país. ¿Y usted?

—No sé... Me gustaría, es claro, pero no siempre dispongo de tiempo libre; al menos, el suficiente para un viaje de veinte de días de duración.

—Negocios, claro.

—Como casi todo el mundo —suspiró Terboven.

—Es algo odioso, y perdone. Cuando vivía mi esposo, jamás pude permitirme algo parecido. Supongo que debió pensar que él iba a morir antes que yo, y que me daría tiempo a ver algo de mundo. Yo hubiese preferido verlo todo junto a él..., lo cual, por supuesto, no significa, ni mucho menos, que la compañía de usted no sea agradable.

Y sonreía del modo más estúpido, mientras que Terboven esbozaba también su sonrisa de circunstancias.

Terboven miró su reloj de pulsera.

—Otra cosa es evidente —dijo, desviando la posible continuación del tema anterior por parte de la dama—: el tiempo transcurre aquí con demasiada rapidez. Es casi la hora del almuerzo.

—Sí, es verdad... Veo que algunos del grupo ya se retiran.

—Y yo desearía hacer una consulta un tanto especial; es algo sobre el arte mesopotámico, estilo Ubaid, de cuatro mil años antes de Jesucristo. Como supongo que no debe interesarle gran cosa, dispénsame un instante, «frau» Herberg. Me reuniré con usted y los demás.

Antes de que la dama pudiera abrir la boca, Terboven se alejaba de ella, caminando rápidamente, dispuesto a no hacerse notar, llegando retrasado al autocar del grupo. En cuanto a lo que debía

hacer...

Como esperaba, afortunadamente, la sección de arte mesopotámico, con sus cerámicas pintadas, toda clase de raras vasijas, estaba ya desierto. En realidad, la gente ya iba abandonando el Museo en su totalidad. No obstante, su trabajo era breve; muy breve, y realmente sencillo. Cuestión de unos segundos.

Fue casi sin detenerse, además, ya que mientras caminaba, de un bolsillo de su blanca chaqueta deportiva había extraído un encendedor, el cual, con una simple presión, dejó ceder la base, y un objeto diminuto había quedado entre los dedos de Terboven, quien, al pasar junto a una de las vasijas, dejó caer en su interior el objeto.

Se fijó especialmente en el número de catálogo de la vasija que había recibido el objeto, y ya mientras se dirigía hacia la salida, con un bolígrafo señalaba en el catálogo, con una rayita, el número de la vasija.

Un minuto más tarde estaba en el gran recinto de la planta baja donde había multitud de tiendas y puestos, donde se venden reproducciones asombrosamente acertadas de los objetos del Museo.

Le pareció natural que la gente optase por artículos mucho más llamativos que las cerámicas mesopotámicas, y mientras que en la mayor parte de los puestos de venta se hacía cola, los de venta de vasijas estaban poco menos que solitarios.

Se dirigió hacia el puesto que le pareció mejor surtido, y con el catálogo en la mano echó un vistazo a la exposición de objetos.

—¿Puedo ayudarle, señor? —inquirió la joven dependiente mirando con cierto asombro al tipo que quería vasijas.

—Creo que sí... He anotado el «BC cuarenta y cinco sesenta» del catálogo...

—Lo buscamos inmediatamente.

—Espero poder adquirirlo. Es un objeto que me ha llamado particularmente la atención.

Tras unos segundos de búsqueda, la dependiente dio con la reproducción de la vasija, donde Terboven había depositado el diminuto objeto.

—Aquí está, señor. Ve a.

Terboven miró la vasija con auténtica atención; no quería

errores estúpidos; ni de clase alguna, ciertamente. Asintió con unos movimientos de cabeza, muy satisfecho al parecer.

—Asombroso —dijo—. Es exacta.

—Son tres cincuenta, señor. ¿Alguna otra cosa?

—Eso es todo.

La dependienta hizo un bonito envoltorio, cobró el importe de la reproducción y sonrió.

—Muy gentil, caballero —dijo.

Terboven recurrió a su sonrisa, y, sin volver a despegar los labios, salió del recinto, dirigiéndose hacia donde aguardaba el autocar, ya con mucha gente junto a él, hablando de mil cosas. Por regla general, la gente compraba algo, y el paquetito de Terboven no desentonaba en absoluto de los que mostraban otras personas, otros miembros de aquella excursión.

Como esperaba, «*frau*» Herberg no tardó en descubrirle, y acudió a su lado, mirando con curiosidad el paquete que llevaba Terboven.

—¿Algo de arte mesopotámico? —inquirió la dama.

—En efecto.

—Bien... a mí no ha llegado a interesarme demasiado.

Terboven sonrió, ante la cara compungida de la dama.

—Le aseguro que eso no debe preocuparla, «*frau*» Herberg —dijo—. En realidad, confieso que no es para mí; se trata de un obsequio a un amigo. Conozco su afición a todas las manifestaciones de arte antiguo, y le he recordado, simplemente.

—Entiendo... Creo que antes de regresar al hotel, para el almuerzo, visitaremos el edificio de Correos, y cada uno podrá enviar sus tarjetas, cartas u objetos. Es una buena organización, no cabe duda.

—Deberíamos ocupar nuestras plazas, «*frau*» Herberg.

—¡Oh, sí...!

En cuestión de cinco minutos, se organizó la partida con el autocar, cada cual ocupando su plaza. El vehículo partió, no sin que antes Terboven hiciera un rápido repaso de su fácil actuación; simplemente, introducir el diminuto objeto en la vasija, adquirir la reproducción y señalar el número del catálogo. Quedaba una segunda parte que habría de efectuarse, precisamente, en Correos.

Fue un bello recorrido, por Brickell Ave., Biscayne Boulevard, y

luego la calle Main, perdiendo de vista el agradable panorama de las aguas azules, con infinitud de palomas blancas, constituidas por las velas de las pequeñas embarcaciones deportivas, yates, balandros... También Miami Beach quedaba ya de espaldas.

Una vez en Correos, Terboven, fácilmente, pudo despistar a la dama alta y huesuda, de cabello blanco. En realidad, ella se hubiese sorprendido, y habría hecho algunas preguntas, de descubrir que el objeto de arte mesopotámico adquirido por Terboven era dirigido a unas señas de la propia Miami, puesto que en cierto momento Terboven cometió el desliz de indicar que no conocía a nadie en todo el país.

Las dificultades no eran insalvables ni mucho menos. Terboven realizó su envío, sin tener cerca la nariz de la señora Herberg, la cual, naturalmente, le buscaba entre los demás componentes del grupo. Cuando a Terboven le interesó, se dejó ver. Ya realizada la segunda parte de su plan, de aquel trabajo mínimo, pero delicado, optó por no seguir despistando a la dama, para no despertar su suspicacia o recelo.

Acudió a ella.

—La estaba buscando, «*frau*» Herberg.

—Coincidencia —sonrió ella—. ¿Ha realizado su envío?

—En efecto. Ahora, siento apetito.

—También coincidencia.

—¿Usted no ha enviado nada? ¿Ni una carta, ni una...?

—Nada —dijo, casi secamente, la dama—. Usted no sabe, claro... Yo tengo un hijo. Está casado, y... ése es el mal. Su esposa es la mujer más estúpida del mundo. Y no acaba ahí lo malo, no... Se niega a darle hijos a mi Fritz. Es algo que no comprendo. Empiezo a sospechar, naturalmente, que tras esa absurda negativa se encierra algo poco limpio. Además, la esposa de mi Fritz es insoportable en otros aspectos. Pero le estoy cansando, «*herr*» Terboven.

—No, no...

—Muy amable, pero le aseguro que lo que digo es cierto. Y no estamos acostumbrados, en mi familia, a esta clase de cuestiones, inadmisibles.

—Creo que la comprendo, «*frau*» Herberg.

—Por supuesto, le hablo con confianza, por haber observado que

usted es un hombre inteligente, comprensible...

Infeliz Terboven.

La historia de «*frau*» Herberg era en verdad lamentable, en cuanto a la esposa de su hijo Fritz.

Hubo algún momento en que Terboven se sintió inclinado poco menos que al crimen, pero optó por fingir escuchar a la dama, mientras que, ya en el autocar y camino del hotel, se dedicó a echar un vistazo al paisaje, a las tiendas, a las amplias avenidas, bordeadas de palmeras, al azul limpio del cielo luminoso...

El «cottage» era alegre, pequeño, con el sol entrando a raudales por el ventanal del «*living*». Estaba situado en la Coliseum Ave., junto a Coral Park, ya casi en el límite urbano entre Miami y Coral Cables.

Era una zona silenciosa, tranquila, alejada de la playa. Una avenida corta, pero amplia, discreta, que consta de «cottages» a ambos lados, algunos literalmente ocultos por frondosos jardines.

En el correspondiente al número 80 de la avenida, estaba la dama. En el «*living*», con la ventana abierta, dejando paso al sol, con toda su potencia. Es claro que la dama no recibía al alegre sol, demasiado tapada. Ni mucho ni poco; nada tapada. Estaba tendida en «chaise-long», de boca en aquellos momentos, dejando toda la parte posterior del cuerpo bajo el sol. Estaba leyendo algo, fumaba y tomaba sorbitos de *whisky*.

La dama tendría algo menos de veinticinco años, su cabello era rubio, y los ojos claros, color miel. Sus formas brillaban, ya bronceadas, y por efecto de alguna crema, bajo el sol. Además, penetraba una agradable brisa.

De cuando en cuando se percibía el rumor de un motor, y ella alzaba la cabeza. Contaba con la ventaja de que ella podía ver el exterior, mientras que a ella no podían verla desde la calle.

Uno de los rumores de motor se fue apagando, a medida que el vehículo se acercaba al «cottage». Echó un vistazo y vio al tipo uniformado, que usaba motocicleta. Le vio apearse, y la dama alargó un brazo en busca de su bata, pero no fue necesario. El hombre, el cartero, sin duda, dio unos pasos hacia el buzón de la entrada del «cottage», y tras observar que el paquete no cabía por la ranura, se encogió de hombros, y lo dejó encima del receptáculo,

para, seguidamente, montar y largarse, haciendo petardear el vehículo.

La dama, tras aguardar unos instantes, hasta que dejó de oír el ruido de la motocicleta, se puso en pie, sin dejar de mirar el paquete que había sobre el buzón. Con ademanes tranquilos, se puso la bata, ciñéndola apenas, dejándola casi abierta, mostrando las esbeltísimas y bronceadas piernas, y salió del «cottage».

Instantes más tarde tenía el paquete en la mano, y lo observó, con cierta expresión de recelo. Lo que fuese, estaba metido en una caja cuadrada, y lo mismo podía ser una bomba que una caja de bombones.

Con el paquete en la mano, se dirigió hacia el interior del «cottage», a su dormitorio, donde las persianas apenas dejaban paso de luz, y la penumbra resultaba reconfortante. Tras escucharlo, incluso, por si funcionaba en el interior algún mecanismo, la dama procedió a desliarlo.

Medio minuto más tarde, contemplaba la vasija de cerámica pintada, perteneciente al antiquísimo arte mesopotámico, estilo Ubaid. Observó al mismo tiempo el número de catálogo señalado en la reproducción. Dejó todo sobre la cómoda y fue hacia la mesita de noche, donde tenía instalado el moderno teléfono estilo «góndola». Descolgó y discó un número.

—¿Odile? —Fue la apagada respuesta.

—Yo. Estamos en marcha.

—Vaya... ¿Por fin noticias?

—Bien... lo supongo, al menos.

—Aclara eso. ¿Qué significa que lo supones?

—Pues lo dicho: lo supongo. El medio por el que me han hecho llegar las noticias es ciertamente sutil. ¿Quieres acompañarme al Museo de Historia Natural Ciencia?

—¿Lo crees necesario?

—Hagamos las cosas bien, puesto que los demás lo hacen de ese modo. No es necesario que vengas conmigo, que estés junto a mí, pero sí que me observes. Y no sólo a mí, sino lo que pueda haber a mi contorno. Por otra parte, aunque espero que no ocurra, podrían surgir dificultades.

—¿Y a eso llamas hacer las cosas bien? Han debido facilitarnos el trabajo de un modo absoluto.

—Yo considero que lo han hecho bien, y basta. Si surgiera algún problema, sería mínimo, y sólo por azar. Estamos trabajando discretamente. No creo que deba recordártelo a estas alturas, ¿de acuerdo?

—Está bien...

—Se trata, simplemente, de ir al Museo y recoger las instrucciones, depositadas por nuestro enlace en el interior de un objeto de arte; una vasija mesopotámica. Creo que pudo enviármelas por Correo, del mismo modo que me ha enviado la sugerencia, pero estimo que no quiso arriesgarse. Por tanto, es cuestión de un paseo hasta esa tumba de ciencia y arte.

—Así que por Correo... Era más fácil enviarlo todo junto.

—Más fácil, sí. Más seguro, no lo sé.

—¿Y si alguien ha encontrado las instrucciones en el interior de esa vasija?

—Lo dudo. Es un feo objeto al que nadie debe prestarle demasiada atención. Repito: estoy de acuerdo con nuestro enlace en el modo de hacer las cosas. Una carta, un paquete, lo que sea, puede perderse, aunque sólo sea momentáneamente. Y ni ese riesgo ha querido correr. Nosotros tenemos ya lo que necesitamos, y es lo que importa. No vamos a discutir más.

—¿Cuándo nos vemos en el museo?

—Esta tarde, a las cuatro. No te dirijas a mí para nada..., a menos, claro, que sea absolutamente imprescindible. Al anochecer, te espero en mí «cottage». Abre los ojos.

—Descuida. De todos modos, estoy ya más tranquilo. Seguramente, la tensión de la espera me ha desquiciado un poco, pero empiezo a sentirme más optimista. ¿Quién, pregunto yo, ha podido, o puede, sospechar de nosotros, teniendo en cuenta que no nos hemos movido aún?

—Exacto. A las cuatro entraré en el Museo.

—Y hasta la noche, ¿no es eso?

—Hasta la noche. ¿Sabes algo de los otros?

—Nada. Tenemos el mínimo contacto, ya sabes. Todo será distinto a partir del momento en que tengamos en nuestras manos esas instrucciones.

—Bien. Es todo.

Y la dama colgó el teléfono.

Echó un vistazo al reloj de pulsera que tenía sobre la mesita de noche. Eran las doce y media, por lo cual decidió arreglarse para salir, y almorzar en cualquier lugar cercano al Museo. Podría almorzar en cualquier restaurante de Biscaya Dade, mirando el mar, y luego, a las cuatro, hacia el Museo.

Se quitó la bata, y con su cuerpo esbelto, firme, bronceado, gracioso de movimientos, al descubierto, se metió en el cuarto de baño.

Lo malo era que la gente, por simple lógica, por el mero hecho de tener ojos en la cara, se fijaba en ella.

Resultaba un obsequio para toda clase de ojos, excepto, seguramente, para los de algunas damas gruesas, sudorosas pese a la ligereza de sus vestidos, que no entendían aquel brillo de piel, aquella gracia en la figura; tampoco entendían que el minivestido de gasa, color lila, con estampados, sentara maravillosamente a aquella mujer.

Pero todo era cierto, y, en justicia, no podían reprochar a sus maridos que los ojos casi les saltaran de las cuencas.

De todos modos, Odile pudo meterse en la planta segunda con relativa comodidad, sin exceso de público, localizando primero a su comunicante de la mañana, y poco más tarde la vasija mesopotámica. Dio un par de vueltas, esperando el momento propicio. Luego, se movió rápidamente, con seguridad. Tomó la vasija, la volvió boca abajo, y su mano recibió el objeto. La vasija volvió a su estante, y Odile, sin nada más que hacer allí, no perdió más tiempo.

A las cuatro y veinte minutos, ya salía del Museo, con las instrucciones en su poder. Fue hacia el «*parking*», donde estaba estacionado su descapotable color púrpura, y se situó frente al volante, encendiendo un cigarrillo, hasta observar que su compañero abandonaba el Museo, sin más dificultades. El vigilaría si alguien la seguía, cosa harto improbable. Por tanto, sólo quedaba ponerse en marcha.

II

EL descapotable color púrpura estaba lanzado a buena velocidad, sin rebasar los límites, por estricta prudencia, por la carretera de la Isla de Rickenbacker, luego por la suspendida sobre el mar, que conducía a Virginia Key, y de allí a la que conduce a Biscayne Key, a Crandon Park, el Impresionante jardín subtropical.

Una vez en Crandon Boulevard, Odile buscó un camino que la condujera cerca de la playa, a algún embarcadero. Lo localizaba a las nueve de la noche, según su reloj. Una hora en que el embarcadero estaba animado, especialmente por la presencia de parejas, que alquilaban sus lanchas para efectuar un bello y tal vez inolvidable paseo nocturno, por aguas del Atlántico, bajo una luna grande, rosada, que asomaba entre algunas nubes.

A las nueve y quince minutos, Odile, vestida con un pantalón blanco, de bajos acampanados y un jersey azul cielo, de cuello alto, sin mangas, que parecía hecho para siluetar perfectamente su pecho, estaba frente a los mandos de una gasolinera de cuatro plazas. Sobraban plazas, pero no había a mano nada más discreto en aquellos momentos.

Se lanzó mar adentro, dejando atrás motoras a las que no se veía a nadie, y que zozobraban mansamente.

Al dejar atrás cualquier luz, cualquier vestigio de presencia humana, Odile moderó la marcha y calculó el número de millas que debía recorrer en aquella dirección, precisamente para salir de aguas jurisdiccionales de Estados Unidos.

Todo fue cuestión de una hora.

Odile había llegado con exceso de puntualidad a la cita, y detuvo la motora echándose hacia atrás en el asiento. Del bolso, que tal vez pesaba demasiado, extrajo un paquete de cigarrillos y

encendió uno, dedicándose a una tranquila espera.

Tras el segundo cigarrillo, empezó a ver las luces de situación y rumbo de un buque de pequeño calado; un pesquero casi insignificante, que se acercaba a la lancha, hasta que empezó a detenerse, presentando estribor.

Odile puso la lancha en marcha, acercándose al buque, cuando ya estaban tendiendo la escalerilla y un hombre se dejaba ver.

La lancha quedó balanceándose suavemente junto al buque, y el hombre descendió las escaleras de cuerda, hasta posarse sobre la lancha, observado atentamente por Odile, que tenía el bolso entre las manos.

—Soy Djilom —dijo aquel hombre, con voz algo ronca, seca.

—¿Podemos irnos ya?

—Desde luego. Tenía ganas de abandonar ese buque.

—Acomódese.

—Gracias.

El tal Djilom miró hacia arriba, e hizo un gesto de despedida con la mano izquierda, ya que la derecha la tenía ocupada, aferrando un portafolios. Luego, se sentó junto a Odile, cuando ésta ya ponía en marcha la motora, empezando a alejarse del buque.

—Supongo que trae el dinero en ese maletín —dijo Odile.

—Millón y medio de dólares. Es lo que me dieron.

—Lo que pedimos. ¿Dificultades?

El tipo se encogió de hombros.

—Ninguna. Ha sido un viaje tranquilo, aunque algo incómodo. Supongo que de haber dificultades empezarán ahora.

—No tenemos por qué esperarlas.

—Un optimismo perfecto, querida...

—Odile, aquí —dijo la dama.

—Pues sí; un optimismo perfecto. ¿Ha estado antes en este país?

—No.

—Es notorio; la pregunta sobraba.

—¿Por qué dice eso?

Djilom volvió a encogerse de hombros.

—Puede que lo vea por sí misma, Odile. ¿Todo listo? ¿Sólo faltaba el dinero?

—Lo esencial; el dinero, claro.

—Eso significa que han trabajado bien.

—Esperábamos una oportunidad. Llevamos algún tiempo preparando una operación, que cuando se realice ha de durar muy poco tiempo; hablo de segundos. ¿Está informado, Djilom?

—No... Supongo que cada uno tiene su cometido, excepto yo. He traído el dinero y espero órdenes. Regresar, o quedarme.

—Creo que preferiría regresar, ¿no?

—Si me mira bien, Odile, comprenderá que para mí ha pasado la época de la afición a las locuras. De todos modos, no estoy tan acabado como para no saber hacer frente al peligro, si existe.

Odile, mientras guiaba la embarcación, miró a Djilom. No era ya joven; debía tener más de cuarenta años, pero no tenía mal aspecto ni mucho menos. Un tipo de cabello oscuro, con los aladares blancos. Parecía fuerte, y su comportamiento indicaba un aceptable grado de seguridad en sí mismo. Vestía un traje claro, fresco, y no resultaba llamativo en concepto alguno.

—Desde que ha puesto los pies en esta lancha, Djilom, sólo hace que hablar de peligro —dijo Odile.

Djilom sonrió levemente.

—Disculpe —dijo—. Tal vez he debido mostrar admiración por su belleza, Odile.

—Eso poco importa.

—Entonces, no veo que tengamos mucho de qué hablar, a menos que sea precisamente usted quien deba darme instrucciones, en el sentido que sea.

—No soy yo, Djilom. De momento, usted vendrá conmigo al «cottage» que tengo alquilado junto a Coral Park. Una vez allí, se pondrá en marcha el programa de todos nosotros.

—De acuerdo. Supongo que debo limitarme a obedecer.

—Celebro que lo entienda.

Djilom, entonces, extrajo su paquete de cigarrillos y encendió uno, ofreciendo con el gesto a Odile, la cual negó con la cabeza; una cabeza un tanto desgredada, a causa de la brisa. Y un rostro hermoso, un poco huraño, ligeramente apretados los bien dibujados labios.

Estaban ya muy cerca de la costa de Crandon Park, cuando Odile, sin mirar a Djilom, dijo:

—Le dejaré en la playa, a unas yardas del «*parking*» donde está estacionado mi coche; es un «Taunus» descapotable, color púrpura.

No tendrá dificultades para dar con él. Me espera en el coche. Es preferible que devuelva la lancha sola.

—De acuerdo.

La embarcación se alejó ligeramente de las luces del embarcadero, y poco más tarde se acercaba a la solitaria playa, con los cocoteros a sólo unas yardas de distancia. Detuvo la marcha, y Djilom saltó a tierra. Luego, oyendo alejarse a Odile, y siempre con el maletín del dinero en su poder, se dirigió hacia el lugar indicado por la hermosa dama.

Halló el «*parking*» y el descapotable de Odile unos minutos más tarde; se instaló en el coche, en el asiento contiguo al del conductor, y encendió otro cigarrillo, para entretener la espera, que fue muy corta. Allí llegaba Odile, con su gracioso y juvenil caminar, con el cabello agitado por la brisa.

Silenciosa, se metió en el descapotable, mostrando la mitad de sus bronceados y perfectos muslos a la mirada entornada de Djilom, que se sintió un poco turbado por aquella belleza, el aroma de Odile, su juventud. Lástima de gesto adusto. Pero... ¿qué podía esperarse? Djilom tenía ya cuarenta y siete años, lo cual, claro, no pasaba inadvertido para la bella Odile.

El coche realizaba, a la inversa, el camino recorrido antes, sobre las magníficas pistas iluminadas, suspendidas sobre el agua.

—¿Es cuestión de muchos días? —inquirió Djilom.

—Para usted, no creo.

—Ya... ¿Y los demás?

—No lo sé. La verdad es que aún ignoro ciertas particularidades. De todos modos, será informado a su debido tiempo sobre lo que a usted concierna.

—Lo cual significa que el resto no me importa.

—Si prefiere decirlo así...

—No se preocupe. No me molesta su actitud.

—Yo no puedo adoptar otra, Djilom. ¿Lo comprende?

—Por supuesto.

De nuevo callaron; esta vez el silencio se prolongó hasta que el coche hizo su entrada en Coliseum Ave., rodando en dirección al «cottage» que ocupaba Odile. Todo estaba a oscuras, solitario, silencioso, en el recinto del «cottage». Y las luces que llegaban de otras quintas parecían muy distantes, metidas entre hojas de

plantas, en las copas de los cocoteros y palmeras.

—Apéese, por favor, y abra la puerta. Luego, la del garaje.

Djilom, sin comentarios, obedeció.

Abrió las dos puertas, observando las maniobras de Odile, que instantes después se metía en el garaje, reapareciendo medio minuto más tarde de cesar el ruido del motor del coche. Con su bolsito en la mano, con el cabello suelto, con su minivestido especialmente sugestivo a contraluz, por la particular transparencia de la gasa...

Odile abrió la puerta del «cottage».

—Entre, Djilom. Acomódese en el «*living*».

—Gracias.

—Si quiere tomar algo fresco, vaya a la cocina. Yo debo telefonar inmediatamente. ¿Me deja ver el contenido del maletín?

—Sí, claro...

Djilom dejó el maletín sobre una mesita de centro del «*living*», lo abrió y observó el rostro de Odile, mientras ella contemplaba el contenido en billetes de todas clases, hasta millón y medio de dólares, del maletín.

Ninguna expresión particular en el rostro de Odile; nada que indicara emoción, codicia... Nada.

—De acuerdo —dijo—. Vaya a buscar algo para tomar, si quiere.

—Gracias.

Odile se volvió de espaldas y caminó hacia la puerta. Antes de salir, no obstante, su cabeza giró, y dijo algo que Djilom no entendió; la vio salir y se encogió de hombros. Luego, Djilom cerró el maletín, y salió del «*living*» en busca de la cocina. En el frigorífico había varios botellines de jugos de frutas, y eligió el primero que le vino a mano, prestando atención a la voz de Odile, que ya estaba hablando por teléfono.

—... sin novedad.

—Entonces, voy a buscar a Djilom. Ésas son las instrucciones.

—De acuerdo. ¿Tardará?

—Lo justo. ¿Has visto el dinero?

—Sí, claro.

—¿Todo era como mencionaba el microfilm que contenía las instrucciones?

—No he observado diferencias sensibles. Ninguna diferencia, en

realidad.

—Parece que todo va bien, entonces.

—Sí. Hasta ahora.

Y Odile colgó el teléfono.

Salió del cuarto y fue hacia el «*living*», donde estaba Djilom, bebiendo directamente del botellín. El tipo se había aflojado el nudo de la corbata, y parecía hallarse cómodo en aquellos momentos. Dirigió una mirada sin significado a Odile, que se sentó frente a él, con sus muslos visibles hasta la mitad. Odile encendió un cigarrillo, y dijo:

—No tardarán en venir a buscarle, Djilom.

—Muy bien.

—¿Se apagó su curiosidad?

—Usted no va a resolver nada en ese aspecto. Por tanto, es inútil insistir o hacer preguntas. ¿Cierto?

—Sí, claro...

Y a esperar de nuevo, en silencio. De todos modos, ni Odile ni Djilom parecían violentos por la situación. Si nada tenían que decirse, ¿qué demonios iban a hablar? Odile fumaba, y Djilom tomaba cortos tragos de su botellín de jugo de frutas.

—¿Quiere comer algo? —inquirió, por fin, Odile.

—No, gracias.

Ella se puso en pie y dio unos pasos hacia el ventanal. Empezó a percibirse el ruido de un motor, que poco más tarde se detenía cerca del «cottage», al parecer, según la dirección de ruido, en una de las esquinas de Coral Park.

—Creo que ya está aquí —dijo Odile.

—Lo celebro. Me gusta mayor claridad en las situaciones.

Odile le miró, simplemente, sin comentarios. Luego, salió del «*living*» y esperó en la puerta. Un hombre alto, de fuertes hombros, con el cabello rubio, desgreñado, de rostro basto, con señales de viruela, al parecer, hizo su aparición.

También, en aquellos momentos, Djilom salía del «*living*».

El tipo y Djilom cambiaron una mirada.

—¿Es Djilom? —inquirió el recién llegado.

—Sí —dijo Odile.

—Vamos a por el dinero. Luego, Djilom me acompañará. Parece ser que de algún modo intervendrá en la operación, aunque sea en

calidad de mero observador, o vigilante.

—¿Y yo? —inquirió Odile.

—No sé nada concreto al respecto.

—Está bien. Toma el dinero, Jahnke.

Todos fueron hacia el «*living*», y el tal Jahnke echó un vistazo al maletín. Sin que despegara los labios, Djilom interpretó su gesto, y lo abrió de nuevo, mostrando el contenido a Jahnke, quien asintió con la cabeza.

—Andando, Djilom —dijo.

Djilom tomó el maletín y miró a Odile, sonriendo levemente.

—No sé si nos veremos de nuevo —dijo—. En todo caso, suerte.

—Lo mismo, Djilom.

Djilom hizo un gesto de despedida con la zurda y se dirigió hacia la salida del «*living*», sin captar, naturalmente, la mirada cruzada entre Odile y Jahnke a su espalda. Y ocurrió cuando Djilom estaba atravesando el dintel de la puerta.

Ocurrió justo entonces.

Jahnke había extraído del bolsillo de la chaqueta un estilete plegable, que se convirtió en una larga y fina hoja de acero, de afilada punta, de ocho pulgadas de longitud. Sin la menor vacilación, saltó hacia la espalda de Djilom, y le rodeó el cuello con el brazo izquierdo.

La reacción de Djilom fue inmediata; dejó: caer el maletín e intentó revolverse, atrapando, además, la mano izquierda de Jahnke con una presa de «judo». Atrapó la zurda de Jahnke, sí, pero la diestra de éste estaba libre, con el estilete ya lanzado, en un golpe durísimo, hacia el corazón de Djilom, que atravesó antes de que Djilom pudiese completar su presa.

Muerto instantáneamente, Djilom quedó en brazos de Jahnke, quien lo depositó suavemente en tierra. Ni siquiera miró a Odile, que se acercaba a él. Jahnke arrancó el estilete, lo limpió con los bajos del pantalón de muerto, cuyo rostro era una máscara agónica, lo plegó y lo guardó de nuevo.

—Bien... ¿Por qué, Odile? —inquirió Jahnke, mirando, por fin, a la bella.

—Le dije en rumano que era hijo de una perdida, y ni siquiera se inmutó. ¿Qué pensarías tú? —dijo, con voz fría, Odile.

—Es posible que no te oyera.

—Me oyó, pero no entendió el significado de mi frase.

—Vaya... Entonces, sospechaste que no es el auténtico Djilom...

—Sí.

Jahnke, sin tratar de disimular su inquietud, miró el rostro del muerto. Luego, alargó las manos, como para registrarle.

—No te molestes, Jahnke. No esperes que lleve nada comprometedor encima; nada que nos ayude a identificarle sin dudas. Pero... algo ha salido mal; eso está claro. Y no tenemos por qué confiarnos. Sospechemos lo peor, ¿de acuerdo?

Aún en cuclillas junto al cadáver de aquel hombre, Jahnke se humedeció los labios. De pronto, debía sentir un intenso calor, a juzgar por las gotas de sudor que parlaban su frente.

—El

F. B. I.

—musitó—. ¿Es eso lo que sospechas, Odile?

—Por lo menos, estoy dispuesta a actuar como si tuviera la seguridad de que se trata del

F. B. I.,

Jahnke. En primer lugar, sin perder la serenidad. ¿Estamos de acuerdo?

Jahnke asintió con la cabeza, mirando los ojos color miel de la hermosa Odile.

—¿Qué se te ocurre? —inquirió Jahnke.

—Supongamos que no han dejado solo a ese hombre. Me sorprendería mucho que no estuviésemos rodeados ahora, o, por lo menos, vigilados. Hemos de pensar que así es. ¿Dónde tienes el coche?

—Junto al...

—Exactamente.

—A cinco yardas de la entrada del parque, por la esquina de esta avenida.

—Cinco yardas, bien; no es gran cosa. Ve al coche, monta y pon el motor en marcha. Inmediatamente después, inclinado, a gatas, reptando, o como prefieras, abandonas el vehículo y te metes en el parque. Cuando ellos se den cuenta de lo que sucede, puedes llevarles una ventaja mínima de un par de minutos, que puede ser bastante más, dado el laberinto de los jardines. Luego, sales del parque por la Treinta y Dos Avenida, y corres hacia Tamiami Trail,

por donde pasan los autobuses de distintas líneas. Yo estaré allí, en la parada, esperándote. Voy a salir yo primero, puesto que los del F. B. I.,

no se moverán hasta que salgas tú, dispuestos a seguirte. ¿Todo comprendido? Me voy inmediatamente. Yo llevaré el maletín con el dinero.

Jahnke se limitó a asentir con la cabeza. Y dijo:

—Desde el momento en que salgas, cuenta quince minutos, Odile. Si transcurrido ese tiempo no me he reunido contigo en la parada del autobús, esfúmate —musitó—. Te pones en contacto con...

—Sé lo que haría en ese caso, Jahnke. De rodos modos, para que podamos reunirnos, basta con que te salga bien lo del coche.

Y Odile, un tanto pálida, pero no especialmente expresiva, fue en busca de su bolsito. Luego, tomó el maletín con el dinero y abandonó el «cottage» por un lateral, que daba al frondoso jardín vecino. Por supuesto, pese a su confianza en el plan de fuga, no esperaba más de quince minutos a Jahnke.

III

DELANTE de la muchacha, sin el menor disimulo, Noah Holden la contemplaba con fijeza, realizando una especie de cálculo de probabilidades. La joven era una pelirroja de ojos grises, vivos, brillantes, grandes. Boca bien dibujada, fresca, figura agradable, bajo el jersey blanco. Llevaba falda-pantalón amarilla, y tenía un bolígrafo entre los labios, mirando a su vez a Noah Holden.

—Usted dirá, señor —habló, por fin, la joven, retirando el bolígrafo de la boca.

Noah Holden aún no dijo nada. Primero, había que asimilar el claro contraste entre lo que rodeaba a la joven, y ésta misma. Estaba metida en un cubil al que ni con la mejor voluntad se le podía calificar de oficina, pese a haber dos escritorios, uno de los cuales ocupaba la muchacha; una buena máquina de escribir y bastantes papeles de negocios. Un lugar casi sombrío, en verdad; una oficina metida en el fondo de una destartada nave, cerca de los muelles de la calle Once de Miami.

El conjunto era algo así como ver a un cisne blanco en un charco putrefacto.

—¿Y bien, señor?

Noah Holden esbozó una breve sonrisa.

—Me estaba preguntando qué tiene que ver la ley de la gravedad con el crecimiento de las uñas —rezongó—. Siento no poder situarla aún en este lugar. Todo sería más fácil de haberla conocido en un suntuoso despacho de un gran rascacielos...

—No me siento mal aquí, señor.

—Ya... Supongo que míster Delby es cuarentón, soltero y dueño de cierta fortuna, aunque haya ciertas contradicciones.

—Es todo eso que usted dice. Y... es cierto: ¿qué tendrá que ver

la ley de la gravedad con el crecimiento de las uñas? —replicó, secamente, la joven—. He encontrado este empleo y trabajo aquí. Si puedo serle útil, dígalo pronto. Si no...

—Quiero ver a míster Delby.

—No está.

—¿Eso es... su despacho?

—Así es.

—¿Suele venir tarde?

—Por regla general, no. Por otra parte, ni ayer ni hoy he visto a míster Delby. Puede dejar su tarjeta, o el recado, señor...

—Noah Holden, agente del

F. B. I.

La joven pestañeó. Luego, esbozó una sonrisa.

—Muy bien, me ha sorprendido —dijo—. Cuando vea a míster Delby, le comunicaré que le busca el

F. B. I.

Buenos días, señor Holden.

—Quiero verle «ahora». O, en todo caso, saber dónde puedo localizarle.

—Ahora no es posible...

—Usted, sin duda, conoce su domicilio particular.

—Claro... —Enrojeció—. Tengo anotadas las señas, por si algo urgente requiere la atención de míster Delby. Entonces, le llamo a su apartamento. Es en la Avenida Diecisiete, Buena Vista. Número trescientos treinta.

—De acuerdo. Entonces, permítame.

Noah Holden se dirigió hacia donde estaba el teléfono, y descolgó. Iba a discar un número, pero debió pensar algo, porque miró a la joven; primero, a lo que la falda-pantalón no ocultaba: unas rodillitas redonditas finas, suavemente bronceadas; luego, la miró a los ojos.

—¿Suele ausentarse a menudo míster Delby? —inquirió.

—Realmente... no. Y desde hace seis meses que estoy aquí, ésta es la primera vez que no le veo durante dos días consecutivos. Iba a llamar a su apartamento cuando usted llegó.

—Ya... ¿No ha dado explicación alguna por su ausencia?

—Ha debido comprender que no, señor Holden. Noah Holden se volvió ligeramente y discó un número. Instantes más tarde, llegaba

la respuesta:

—

F. B. I.,
al habla.

—Con Blake.

—¿Eres tú, Noah?

—Sí, date prisa.

—Un instante.

—De acuerdo.

Mientras esperaba, Noah Holden miraba a la muchacha, que fingía estar absorta en un montón de papeles. Estaba claro que sentía mucha mayor curiosidad que la que aparentaba, a causa de la presencia del

F. B. I.,
en aquella... oficina. Noah revisaba el perfil incluso elegante de la pelirroja; la forma de su busto, bonito, sin exageraciones...

—¿Qué hay, Noah? —La voz de Blake.

—Anota: trescientos treinta de la Avenida Diecisiete, Buena Vista. Te quiero allí antes de quince minutos, Blake. Es posible que veas a mister Delby. Puede que esté enfermo, o puede que sea sólo un triste cadáver. Si no es ninguna de las dos cosas, trata de descubrir por qué razón hace dos días que no se presenta en su negocio. ¿Comprendido?

—Sí, claro... ¿Qué hay por ahí, Noah?

—Contrastes.

—¿Contrastes? No entiendo...

—Me llamas aquí mismo, en cuanto tengas noticias. Hasta luego, Blake.

Y Noah Holden colgó el teléfono, acercándose a la joven.

—¿Cómo se llama?

—Berenice Felton —musitó la joven.

—¿La molestaría acompañarme a visitar la... industria?

—Bien, yo...

—Por favor, Berenice.

—Está bien. Oh, pero no crea que hay mucho que ver aquí, señor Holden.

—No importa. ¿Vamos?

La joven se puso en pie. Se estiró un poco el jersey, bajo la

mirada oscura, impenetrable, del hombre del

F. B. I.

Luego, puso rápidamente en orden unos papeles, y musitó:

—Cuando quiera.

Noah hizo un gesto, y ambos echaron a andar, saliendo de aquella cabina. Pasaron al interior de la nave, en penumbra, cuya puerta doble al fondo mostraba el alegre sol y un retazo lejano de muelles. Berenice se detuvo en el centro de la nave e hizo un gesto que lo abarcaba todo.

—A veces, si hay alguna mercancía delicada, que no debe exponerse al sol, o a la humedad, se almacena hasta su salida aquí —dijo—. No obstante, lo normal es tener la nave vacía. No puede decirse que mi jefe trabaje con mercancías delicadas. Por regla general, es en el exterior, en los viejos astilleros, y en el tinglado, donde se almacena todo. En cuanto a la permanencia de las mercancías en estas dependencias, suele ser corta, por la simple razón de que míster Delby es intermediario, y cuando alguna mercancía llega aquí, es que está vendida. Se deposita hasta que el comprador la retira; dos días, tres..., como máximo, una semana.

Habían salido ya de aquella nave, y Noah entornaba los ojos, a causa del sol. Se veían los muelles, los activos, con los buques atracados, con grúas escandalizando, con movimiento, con gente de un lado a otro.

En aquella zona, Noah Holden sólo veía montones de chatarra. Chatarra en lo que debieron ser unos astilleros muy activos, a juzgar por su capacidad, y chatarra en el tinglado, de tabiques derruidos, descuidados.

—¿Sólo se dedica a la chatarra? —inquirió Noah.

—Es su fuerte, pero no sólo a eso. A veces, hay cosas interesantes, puesto que míster Delby tiene relaciones con varias empresas dedicadas al desguace. Lo mismo de coches, que de buques, que de instalaciones industriales. Industrias que recuperan todo lo que de valor tienen objetos que otros abandonan, o ceden a bajo precio. Por supuesto, el negocio es bueno. He podido darme cuenta, señor Holden.

—Entonces, puede decirse que míster Delby trafica, comercia, con toda clase de materiales industriales.

—Pues así es, en efecto.

—No obstante, sabemos que también vende coches. Y no precisamente en malas condiciones; no chatarra, Berenice.

—Oh, bueno, es posible...

—¿Acaso usted no interviene en todas las operaciones de míster Delby?

—No sé... Yo hago lo que me dice. Ahora mismo, por ejemplo, estoy realizando un inventario de las existencias. Pasé todo el día de ayer con un perito, y estoy pasando en limpio los resultados.

—Ya... No parece que haya aquí una fortuna. Por lo menos, no en estos momentos.

—No hay gran cosa, es cierto. Tal vez el total no llegue a los cien mil dólares. En cuanto a esa venta de coches por usted mencionada, el señor Delby ha podido ser un comisionista...

—No. Pero no importa. Supongo que alguna vez habrá comprado coches usados, y tras algunos arreglos más o menos importantes, habrá conseguido venderlos con algún beneficio.

—Eso me parece legal, señor Holden...

—La venta en esas condiciones, lo es.

—¿Entonces? Señor Holden..., hay algo que me tiene inquieta. Usted, por teléfono, dijo que míster Delby podía ser un triste cadáver... Yo... ¿Acaso usted sospecha que le haya ocurrido algo malo?

Noah miró, con leve sonrisa completamente vacía, a Berenice.

—Sólo fue una broma tonta —dijo.

—Bien... ¿Proseguimos?

—Sí, por supuesto. Echaremos un vistazo al tinglado. Diga, ¿cómo entran aquí las mercancías, y cómo salen? Me refiero a medios de transporte.

—Camiones, barcos... Depende. A veces, se han efectuado cargas de algunos cientos de toneladas, no crea.

—¿Con qué personal?

—Interinos.

—Entiendo. Todo esto, quizá usted no lo haya observado, es un indicio claro de un potente negocio de astilleros, que ha descendido de un modo muy notable, hasta el punto de que en la actualidad parece un negocio chapucero, casi en quiebra. Debo creer que usted es la única empleada fija de míster Delby.

—Así es. Necesitaba una secretaria.

—Sin embargo, usted parece desconocer algunas facetas de sus actividades, Berenice.

—Es posible... Vea el tinglado.

Noah echó un vistazo, sintiéndose por completo decepcionado. Allí sólo había herrumbre, polvo, humedad y algunos chasis viejos, de diversos vehículos; todo amontonado, con un cierto orden, sin duda impuesto por el perito solicitado por Berenice.

—¿Usted presencia todas las operaciones de carga y descarga?

—inquirió el hombre del

F. B. I.,

sin mirar a Berenice, observando el terreno y dirigiendo la mirada luego hacia el agua aceitosa del muelle.

—No. A veces, se efectúan por la noche, o de madrugada. Eso depende de la llegada del vehículo que ha de efectuar la carga, y al que no suele hacérsele perder tiempo. Ésa es la razón por la cual muchas veces estoy ausente.

—Entiendo... En caso de ser el propio míster Delby quien realice la operación, personalmente, ¿toma notas y luego se las entrega a usted para el correspondiente registro?

—Debo admitir que al respecto es bastante descuidado. Supongo que al contratarme sospeché que le hacía falta una secretaria, pero entiendo poco de cuáles son las funciones a realizar. No toma notas, y olvida las cosas con mucha frecuencia.

Noah Holden sonrió y alargó una mano, acariciando la barbilla de Berenice, la cual, muy sorprendida, no pudo esquivar la inesperada confianza del hombre del

F. B. I.

—Repito: ¿qué tendrá que ver el dolor de muelas con el álgebra?

—rezongó Noah.

—Me temo que... no le entiendo, señor Holden...

—La creo, la creo.

—¿Me cree muy estúpida? Imagino que míster Delby ha hecho algo malo; algo que yo desconozco, y ante mi ignorancia de muchas cosas relativas a sus negocios, usted me cree ingenua; quizá idiota.

—O tal vez cómplice —susurró Noah.

—N-no... no habla en serio, señor Holden...

—Regresemos a la cabina.

—Pero...

—He exagerado, Berenice. Se trata, simplemente, de que míster Delby vendió un coche a determinado personaje, y al respecto quisiera hacerle algunas preguntas a su jefe. Por otra parte, intente recordar. ¿No le hizo ninguna sugerencia míster Delby, con respecto a su ausencia de unos días?

—No... Lo recordaría muy bien. Yo, en mi trabajo, intento ser eficiente, señor Holden.

—Entiendo. ¿Cobra su sueldo puntualmente, Berenice?

—¡Oh, sí!

—Vaya...

—¿Por qué la pregunta, señor Holden?

—Siento que no se desvanezca mi impresión de que todo esto huele a ruina, a abandono... Es claro que a veces las apariencias engañan, máxime teniendo en cuenta que usted aclaró un punto de importancia: míster Delby es sólo un intermediario. ¿Es eso?

—Sí. Y es cierto que se lo dije.

—Bien. Entremos.

Pasaron de nuevo al interior de la nave, y luego a la oficina, de pobre instalación, con luz potente.

Sin embargo; algo que había conseguido Berenice.

—Supongo que tendrá un registro de clientes —dijo Noah.

—Pues claro. Y de operaciones.

—¿Y facturas de compra y venta?

—Desde que acepté el empleo, puedo asegurar que sí. Si quiere, el archivo está a su disposición.

—Muy amable. De todos modos, no es cosa mía. Quizá uno de nuestros contables la requiere, Berenice. Además, puesto que no todas las operaciones son conocidas por usted, es lógico que el archivo esté incompleto.

—¿Acaso sospecha que míster Delby me oculta a propósito ciertas operaciones, señor Holden?

Noah la miró a los ojos, con fijeza.

—Usted misma podría responder a esa pregunta, Berenice —dijo—. Usted conoce a míster Delby, y debe reflexionar sobre si es o no capaz de hacer lo que usted misma ha sugerido. ¿Bien? ¿Le oculta operaciones a propósito o no?

Berenice de nuevo mordisqueaba un bolígrafo. Estuvo reflexionando más de un minuto. Luego, meneó la cabeza.

—Es posible —musitó, por fin.

—¿Tiene buena impresión de míster Delby, o no?

—No sé qué responder a eso, señor Holden... Personalmente, míster Delby inspira cierta confianza. Es elegante, posee cultura y buenos modales, y..., tiene mi palabra, no me ha hecho, ni siquiera veladamente, proposición alguna en el terreno personal. De hecho, casi me ignora. Y parece que le divierten mis intentos de que organice mejor sus negocios. Dice que su padre era igual, y que por eso se hundió el negocio de astilleros.

—Está bien, Berenice.

—Pues no creo que sea todo, señor Holden... Me doy cuenta de que ignoro demasiadas cosas... ¿Sabe?, creo que le pediré al señor Delby algunas aclaraciones. Y...

Berenice se interrumpió. En aquellos momentos estaba sonando el teléfono. Iba a alargar la mano, pero Noah se adelantó, descolgando.

—¿Blake? —inquirió.

—Sí... Ni enfermo, ni cadáver, Noah. No está en su casa. Me he metido en el apartamento. Estoy usando el teléfono de míster Delby. Y... ¿sabes cuál es mi impresión? Simple: se ha largado. Ni vestigios de la mayor parte de su vestuario; ni papeles, ni nada de valor en el apartamento. Voy a investigar más a fondo al respecto. Es curioso ¿verdad?

—A mí me preocupa, Blake —dijo, con expresión grave. Noah Holden.

—Sí. No es que yo vea una relación clara entre todo lo ocurrido y esa desaparición de Delby, pero... no me gusta. Voy a intentar profundizar. ¿Quieres nuevas noticias ahí, o...?

—No. Nos veremos en la Delegación.

—Hasta luego, entonces.

—Suerte.

Noah colgó el teléfono y miró a Berenice, que parecía haber comprendido algo, porque murmuró:

—No me parece que pueda pedirle aclaraciones a míster Delby...

—Así es, de momento.

—Yo... no entiendo lo que sucede, señor Molden...

—Esta vez, tengo que admitir que yo tampoco. Deme sus señas, Berenice.

—¿Me... van a vigilar? —inquirió, con los ojos muy abiertos, la joven pelirroja.

—No es eso, exactamente. Podemos necesitarla para alguna investigación de estos negocios..., de los que existen muy pocos vestigios. Y..., ¿sabe?, no me extrañaría que míster Delby los hubiese abandonado.

—Pero, no es posible... Oh, claro que no. Vivo en el novecientos ochenta de Dav Avenue, Coconut Grove.

—Gracias, Berenice. Seguramente, volveremos a vernos.

Berenice ni siquiera formuló una frase de despedida. Se sentía preocupada, nerviosa, y mientras seguía con la mirada la marcha de aquel tipo alto, de cuerpo enjuto, flexible, vestido correctamente con un traje claro, se estrujaba las manos. Se mordió los labios; era evidente que sí había sido tomada por una estúpida, por un ingenua, al menos, por míster Delby, ya que no, según muy amable había negado, por el agente del

F. B. I.

Tal vez se equivocaba míster Delby al dudar de su capacidad mental.

Además, Berenice no pudo concentrarse en el trabajo. Lo encontraba ridículo, después de todo, puesto que a nadie parecía importarle gran cosa el inventario, teniendo en cuenta que el propio dueño lo había abandonado todo...

Desorientada, sin saber exactamente qué hacer, abandonó la oficina a la hora de costumbre.

IV

ESTABA sonando la llamada a la central de radio, en la Delegación del F. B. I.

El propio inspector Nilsen manipuló los mandos, respondiendo, mientras que Noah, con un cigarrillo entre los labios, un ojo cerrado, estaba sentado frente a él, observándole.

—Inspector Nilsen.

—Soy Owen, señor.

—De acuerdo, informa.

—Nada digno de mención. Berenice Felton salió de... esa nave a las doce y treinta, almorzó en un restaurante cercano y regresó. Está ahí; la tengo perfectamente controlada. Eso es todo, por ahora.

—Bien. Sigue atento. Anota visitas, si se producen. Cuando salga, la sigues. E informa regularmente, como hasta ahora. ¿Comprendido?

—Todo, señor. Corto.

También el inspector Nilsen cortó la comunicación, y encendió un cigarrillo. Luego, miró a Noah.

—Sobre *miss* Felton —rezongó—. Parece que se comporta con normalidad.

—Más que ella, me interesan ahora noticias de Blake —dijo Noah.

—No creo que tarde en presentarse. Son más de las cuatro de la tarde...

Sonaba una llamada en la puerta, y luego asomó el rubio Blake, que se metió en el despacho, sentándose junto a Noah, frente al inspector.

—Suelta lo que sea, Blake —dijo el inspector.

—Tal vez sea importante. Mister Michael Delby ha volado. No es metáfora: se ha largado. Ayer por la mañana tomó el vuelo sin escalas hacia Caracas. Por consiguiente, le tenemos fuera de nuestro alcance. Y teniendo en cuenta lo que observé en su apartamento, no me parece muy probable que volvamos a verle aquí. He tomado nota de las características del viaje; boleto simple, sin retorno, la sobrecarga de equipaje... En fin, datos a los que, de momento, no podemos conceder importancia, pero que pasarán a Archivo, junto con todo lo que hayamos averiguado, o averigüemos en lo sucesivo. ¿Qué dices a eso, Noah?

—No sé... Sospecho que Delby ha realizado negocios sucios. Tiene algunos de aspecto legal, de los que cuida una secretaria, por lo menos en cuanto a registro se refiere. Pero en otros, todo aparece muy dudoso. Ahora bien..., no consigo establecer una conexión clara entre Delby y sus negocios de chatarra y desguaces, con lo ocurrido en San Juan primero, y luego en el «cottage» de Coliseum Avenue, donde fue asesinado uno de nuestros compañeros de la Delegación de San Juan.

El inspector Nilsen meneó la cabeza.

—No sé... Tampoco yo veo la menor relación. Noah, lo confieso —dijo—. Es un extraño caso... En principio, un hombre llamado Djlom llega a San Juan, como escala en su vuelo. En San Juan, el F. B. I.,

está advertido de la llegada de ese hombre, con antecedentes de espionaje y sabotaje en varios países. Viaja con millón y medio de dólares. Se le detiene, y el agente especial Terry Strong usurpa su personalidad, tras arrancarle ciertas confesiones, de las que se desprendían que Djlom no conocía exactamente su misión, ni a quiénes le estaban esperando, para hacerse cargo del millón y medio de dólares. Como sea, se prepara la redada, y Terry Strong es conducido a ese «cottage», donde le asesinan. Y lo peor es que la mujer y el hombre que llegó luego, consiguieron huir. Por consiguiente, sin que tengamos noción de lo que se está tramando, muere uno de nuestros hombres, y sus asesinos andan libres, con millón y medio de dólares.

Noah asintió con la cabeza.

—Con ser malo el asesinato de Strong, no es todo —rezongó—. Las únicas pistas que tenemos son la fotografía de esa mujer, que la

tomaron desde el barco en que viajaba Strong, con su personalidad de Dgilom, y... el coche del asesino de Strong, que resultó haber sido vendido por Michael Delby, el desaparecido. A simple vista, contábamos con tantas huellas, que todo parecía fácil...

—Lo parecía, Noah, en efecto. Huellas en el «cottage», huellas en el coche, la fotografía de la mujer y la descripción muy aproximada de aquel hombre, el que compró el automóvil a Delby, y que consta como Adam Traynor en la documentación. Bien..., de todo eso, no queda absolutamente nada.

Los dos agentes especiales se miraron, inquietos.

—Bien..., tanto como nada... —rezongó Noah.

—¿Qué se te ocurre a ti que pueda servir? —inquirió el inspector—. Ten en cuenta que la fotografía de la mujer no indica absolutamente nada; puede cambiar de aspecto cuando le dé la gana, y con suma facilidad. Se pone una peluca roja, unas pupilas verdes, y en paz. Por otra parte, de ella, Odile Douglas, según dijo al alquilar el apartamento, ni tampoco de Adam Traynor, tenemos absolutamente nada; ni expediente, ni sus huellas constan en nuestros ficheros. Conclusión: espías de cualquier potencia, y, no hace falta que esforcemos la imaginación, están libres en nuestro país, con millón y medio de dólares... que les regalamos, junto con la vida de un agente del

F. B. I.

Y ahora no se trata de reprochar a la Jefatura del

F. B. I.,

en San Juan sobre si hicieron bien o mal las cosas. Hechos estrictos: tenemos aquí un grupo enemigo, con millón y medio de dólares, cuyo empleo no imaginamos ni remotamente. Todo lo que hemos podido obtener de ellos es por completo ineficaz.

—En parte, estoy de acuerdo, señor —dijo Noah—. No obstante, que se siga buscando a esa Odile Douglass, a Adam Traynor; que se cubran carreteras, fronteras estatales, aeropuertos...

—Por favor, Noah... Eso está hecho ya. Y... ¿sabes qué pienso? Que es inútil. Ese millón y medio deben tratar de emplearlo aquí, aunque, insisto, no imagino en qué, ni cómo. Por tanto, buscamos a una mujer que puede haber cambiado ya de aspecto, y a un tipo que sabrá ocultarse; ambos están en deuda con nosotros.

—Queda *miss* Berenice Felton y los negocios sucios de Delby.

—¿Sí? Muy bien, busca la relación, Noah.

—Pienso aferrarme, mientras no haya nada mejor, a eso, señor. No voy a desdeñar la única posibilidad de hallar algo. ¿El terreno parece árido, sin posibilidades? Estoy de acuerdo. No obstante, si el desierto se riega y se abona, puede resultar fecundo.

—Admito que como frase no está mal, Noah. Pero...

—Hay otra cosa, señor.

—Muy bien, te escuchamos.

—Observe estos datos cronológicos: el lunes por la noche muere Strong, y la tal Odile y Adam Traynor se llevaron el dinero. El martes, día en blanco... para nosotros, claro, pero dudo que para ellos. El miércoles por la mañana, míster Delby emprende el vuelo. Hoy es jueves. Parece coincidir la realización de algún asunto, por ejemplo el martes por la noche, y a la mañana siguiente Delby emprende el vuelo.

El inspector Nilsen parecía estar sopesando aquello.

—No sé, Noah... Estás tratando de sugerir que Delby ha podido volar con el millón y medio de dólares.

—Bueno..., lo he pensado, es claro.

—Pero esa fortuna habrá sido a cambio de algo, digo yo. ¿Una remesa de chatarra, pongamos por caso?

A Noah no le gustó la mordacidad del inspector Nilsen, pese a que la pasó por alto.

—No ha de ser, forzosamente, una partida de chatarra, señor —dijo, calmoso—. Delby toca, o ha tocado, infinidad de materiales, incluidos los de desguace de instalaciones industriales, y no de tipo determinado y fijo, sino de cualquier clase de industrias. En cuanto al material que, según creo, ha vendido, puede que, intrínsecamente, no tenga ese valor; pero han podido pagar la utilidad del material que sea. Simplemente, han pagado la utilidad, y... el favor. Puede que se trate de materiales que no hubiesen podido adquirir sin el concurso de alguien introducido en estos negocios de recuperación y desguace.

—Bien, de acuerdo, Noah. Pero...

—Ya he pensado también en las dificultades a las que nos enfrentaremos para llegar a algo práctico por este camino. No obstante, si todo ha ocurrido como yo pienso, los materiales de que se traten han estado en los astilleros o en el tinglado de Delby.

—Sí, claro... ¿*Miss* Felton no podría...?

—Al parecer, ignora muchas cosas —rezongó Noah.

—Entonces, ¿cómo piensas averiguar algo?

—Supongo que alguien cargaría ese material. En barco, o camión... Y eso ya no es una conjetura. Si el material ha estado allí, ha sido cargado luego, y sabemos la fecha exacta: martes. Y casi seguro, por la noche.

El inspector Nilsen asintió con la cabeza.

—Bueno..., algo es algo, Noah —rezongó—. Adelante.

—Que Owen siga vigilando a *miss* Berenice Felton. Que no se deje ver, y que esté atento. Pienso que ella está al margen, pero..., en fin, ¿para qué insistir?, nunca se sabe. Tú, Blake, posiblemente tengas que intervenir. Por el momento, traslada al Fichero todos esos datos, y que se siga buscando a Adam Traynor y a Odile Douglass. Nos veremos.

Se puso en pie. Hizo un gesto de despedida y abandonó el despacho, seguido por la mirada de Blake y el inspector Nilsen.

El hombre vestía un pantalón gris oscuro y un «polo» negro, holgado; lo suficiente, al menos, para que no se notara excesivamente el bulto de su automática, pegada al costado izquierdo. Caminaba por la calle Siete, en perpendicular hacia los muelles. El ambiente, en aquellas calles, era totalmente marinero, con todo lo que ello comporta: *whisky*, mujeres fáciles, portales sospechosos...

Eran casi las diez de la noche, cuando Noah Holden se dirigía ya en línea recta hacia un lugar determinado. El número veinte de la calle Siete. Caminaba por la acera de enfrente, observando el gran número de clubs cuyas luces parecían una llamada hipnótica. Se oía algo de música de automáticas; parejas que salían de los bares-club, rodeándose mutuamente la cintura, o bien ocultándose el rostro por un procedimiento muy simple, como es el beso «french kiss», el beso francés.

Allí estaba el número veinte. Un edificio que tenía dos pisos tan sólo, y no parecía de los peores. Un rótulo titilaba: «Rooms».

Noah cruzó la calle y se detuvo unos instantes junto al portal.

Tal vez no iba a ser fácil...

No obstante, se decidió y se metió en el edificio. Una escalera le

condujo a una pequeña entrada. Una vez traspuso el umbral de la puerta, le llegó como una oleada la pesada atmósfera.

Se trataba de una sala, con bar, y en un rincón una especie de «disk-jockey» se encargaba de colocar las piezas, cuya música llegaba a los simples reservados y a las habitaciones.

El bar estaba atestado de gente; la barra era circular, con luz azulina, que se convertía en lila, rojiza... Todo se conjugaba de un modo basto, sin gusto. De todos modos, Noah estaba seguro que nadie de los que estaban allí pedía más. *Whisky* a sesenta y cinco centavos, una chica al lado y fáciles perspectivas.

Noah pasó de largo, y con toda desfachatez se dirigió a los reservados. Lo cierto es que nadie se sintió ofendido, y Noah dudaba mucho de haber sido visto en algunos de los reservados a los que asomó la nariz. La gente estaba muy ocupada por allí.

En el número cuatro tuvo éxito.

Además, Bob Culkin era un hombrecito de cierto buen gusto. Por ejemplo, había graduado la música hasta conseguir incluso que sonara de un modo agradable. Tenía champaña encima de la mesa, y su chica era una mulatita de veinte años, de fina estampa, muy bien modelada, además, por la blusita roja y el pantalón color plata, ceñido a algo realmente espléndido.

Noah se metió en el reservado y cerró la puerta. Música suave, de sonido al menos, la mulatita sorprendida, y Bob Culkin, a quien no le gustó la intromisión, y, lentamente, se puso en pie.

Noah sonrió secamente, quieto, mirándoles a ambos. Culkin, al parecer, estaba ya cargado por el champaña. Seguramente, la visión de la mulata también influía lo suyo. Así que, con un leve tambaleo, Culkin echó la silla hacia atrás y se movió un poco hacia Noah.

—¿No ve que está ocupado? —Gruñó.

—Sí.

—¿Pues qué espera para largarse?

—Siéntate, Culkin. Tenemos que hablar.

El tal Culkin, un muchacho de veintitantos años, fuerte, consciente de sus bien desarrollados músculos, los realzaba con un «polo» muy ajustado al pecho, donde destacaban los pectorales, dorsales, y luego los músculos de ambos brazos. Un chico muy tostado por el sol, de dientes blancos.

Culkin miró a la mulata, y dijo:

—Es cosa de dos segundos, linda. No te vayas.

Por la forma de sonreír de la mulata, Noah comprendió que en realidad estaba más bebida que Culkin.

Culkin, por su parte, se acercó a Noah, quien le esperaba, inmóvil, impávido, mirándole a los ojos. Por supuesto, adivinó el momento elegido por Culkin para lanzar su ataque. Culkin amenazó con el puño izquierdo y lanzó un fabuloso derechazo... al aire. Dio un raro giro, a causa del impulso, y presentó a Noah la parte izquierda de su cuerpo. Noah eligió la oreja. Es dolorosa, y no produce efectos secundarios. Le asestó un tremendo puñetazo al oído, tirándole de costado contra el tabique del reservado, donde permaneció unos segundos Culkin, sin comprender aún.

Noah miró a la mulata, y dijo:

—Tú, me gusta la música alta. Muévete. A todo volumen. ¡Vamos!

Mientras la mulata, muy asustada, obedecía, Noah, con su seca sonrisa, mirando con fijeza a Culkin, se le acercaba. Culkin ya no parecía tan seguro de sí mismo. No obstante, pensó que debía hacer algo, y lanzó un punterazo, que rozó el muslo derecho de Noah, quien velozmente, con extraordinarios reflejos consiguió agarrar luego, al vuelo, el pie de Culkin, y con ambas manos tiró hacia arriba, derribando de cabeza al guapito, quien, además, recibió un punterazo en la boca. Los dientes..., lástima, tan blancos, tan brillantes antes...

La música no permitió que se oyera el chasquido del siguiente golpe, que tuvo lugar cuando Noah, de un tirón, puso en pie a Culkin, y de una bofetada de solemnidad le tiró sobre la silla, que se desgajó con estrépito.

Culkin quedó sentado en el suelo, mirando, aturdido, entre lágrimas, con el bonito «polo» manchado de sangre, a Noah, cuya expresión no había variado lo más mínimo. Noah miró a la mulatita, y dijo:

—Tú, me molesta esa música tan alta. Más dulce.

—S-s-sí.

Era gracioso verla correr, tan joven, tan bien formada, con aquellos llamativos pantalones color plata pegados a su piel morena... La mulata bajó el volumen, y Noah suspiró.

—Ahora, siéntate. Y tú, Culkin. En ese banquito. Eso es... Los

dos mirándome. Para que no se produzcan nuevos errores, permitidme una breve presentación: Holden, del

F. B. I.

Parece que de pronto se te ha caído el sol de un año en el rostro, Culkin. ¿Temes algo del

F. B. I.?

—No, no... Y por muy del

F. B. I.,

que sea, no tiene derecho a entrar aquí, y golpearme...

—Vaya..., así me gusta, que conozcas tus derechos, querido. Pero, dime, ¿conoces tus obligaciones? ¿No? Lógico; es lógico, en gentuza como tú. Lógico y cómodo... Conocer sólo los derechos... Tú cierra la boca; hablarás a su debido tiempo.

La mulata cerró la boca, casi como un cepo, como si mordiera a su peor enemigo. Noah echó un vistazo... La blusita era transparente, demonios. ¿Cómo no lo había notado antes?

—Culkin, tienes dinero. Has trabajado últimamente, ¿eh? —dijo el hombre del

F. B. I.

—Trabajo siempre que necesito algo, señor Holden... Es mi forma de ganar dinero: trabajando. No entiendo por qué se mete conmigo. Hay otros que son auténticos golfos, maldita sea...

—Cuando te tranquilices, hablaremos. Despacio, sin prisas, haciendo memoria, por tu parte. ¿De acuerdo?

—Sí..., está bien. Pero no veo...

—He averiguado que el martes por la noche estuviste trabajando desde las doce a las dos de la madrugada.

—Es verdad. Y gané doscientos cincuenta dólares.

—No está mal... Háblame de tu trabajo.

—Lo mío es la fuerza... —Gruñó Culkin—. Carga en los muelles. O descarga, vaya.

—No está mal... Ganaste en dos horas lo que a mí me cuesta una semana...

—¿Es eso lo que le duele?

—Entre otras cosas —sonrió brevemente el hombre del

F. B. I.

—. Pero vayamos a lo positivo. Háblame de ese trabajo. Todo lo que sepas; clase de material, dueño, medio de transporte... En fin, todo.

—Mire..., yo no sé nada... Me vinieron a buscar, me ofrecieron doscientos cincuenta «pavos», ¿y qué quería que hiciese? Acepté, naturalmente; así que fui allá, trabajé mi par de horas, cobré, y largo.

—¿Qué cargaste?

—No lo sé... Por supuesto, material pesado, ya que aquellas endemoniadas lonas, los fardos, pesaban mucho. Yo creo que con utilizar una grúa hubiesen salido ganando, pero... eso era meterme en lo que no me importaba, ¿comprende? Y no podía ir contra mis intereses haciendo la sugerencia.

—Claro, claro, Bob... No sabes lo que cargabas.

—Pues no... De veras que no.

—Pero sí sabrás dónde cargabas esos fardos de lona.

—Eso sí, claro: en un buque.

—Nombre y datos.

—Pues... Viejo, destartalado, de pequeño calado...

—Nombre —insistió Noah.

—No estoy seguro... «Ojus», creo... Algo así.

—¿Dónde estaba atracado?

—En un muelle de los de la calle Once. La mercancía llegó a las doce, en dos camiones. De los camiones, al buque, y en paz.

—Ya... ¿Quién le pagó? ¿Cuántos hombres erais?

—Tres, sólo tres. Me pagó un tal Sheldon. Algunas veces le he visto por aquí, por el barrio. Al tercer cargador no le he visto nunca. Y eso es todo lo que sé. Sheldon me vino a buscar, me hizo la oferta, me interesó, y no presté atención a lo demás.

—O sea: cerca de allí sólo estabais los cargadores.

—Y la gente del buque. Los de los camiones se largaron en cuanto la mercancía estuvo en tierra. No vi a nadie más.

—¿Estás seguro? Esa mercancía, por lo menos, debía tener un vendedor y un comprador, Bob. Es lo natural, ¿eh?

—Por supuesto; pero, de verdad, no vi a nadie más. Se supone que estaba todo concertado, y no hacía falta más detalle que el traslado de la mercancía desde los camiones al buque. Y..., claro, puesto que interviene el

F. B. I.,

hay que suponer que no se trataba de cosa limpia. Y la grúa no debieron utilizarla para no llamar la atención, para actuar en

silencio... Maldita sea...

—Chico listo, Bob.

—Oiga..., ¿qué van a hacer conmigo? Le aseguro que yo fui a ciegas; me interesó el precio, sólo eso. Póngase en mi lugar, señor Holden.

—Reventaría de asco, querido. Bien..., creo que puedes ayudarme un poco más, Bob. Se trata de ese carguero, el «Ojus». Supongo que tienes amigos en los muelles; conocerás gente, ¿eh?

—Psé...

—Como sea, vas a salir de aquí y averiguar todo lo que puedas sobre el «Ojus». ¿Me entiendes? Preguntas a quien te parezca más enterado; sé discreto y muévete bien. En definitiva, si se comprueba que no conocías la clase de mercancía, saldrás bien librado. Y, personalmente, agradezco los favores. ¿Bien, Bob?

—No me gusta el trabajo, señor Holden...

—Lástima, porque tendrás que hacerlo. Escucha esto: dentro de media hora, sales de aquí. No antes, ni más tarde. Y a trabajar. Posiblemente nos veamos esta misma noche, y quiero datos. ¿Todo comprendido? Dentro de media hora, a la calle.

—Pero.

—Reflexiona un poco, Bob.

—No le garantizo nada —dijo, ceñudo, Bob.

Noah sonrió levemente. Miró a la mulata, y dijo:

—Largo. Bob tiene trabajo, ya has oído.

—Pero él... Yo he... Yo he perdido la noche...

—Paga lo que sea, Bob.

Bob frunció de nuevo el ceño.

—Ya nos veremos mañana, linda —rezongó.

—Vete ya —dijo el hombre del

F. B. I.

La mulata miró, furiosa, a los dos hombres, y tomó una chaquetita blanca, con rabia; se la puso encima de los hombros, agarró el bolso y, tras escupir de modo muy poco femenino a los pies de Bob Culkin, se marchó, cerrando de un portazo.

Bob Culkin resopló.

—Me ha estropeado la noche...

—Hay que trabajar, recuerda. Voy a dejarte solo ahora. Son las diez y quince minutos; a las diez cuarenta y cinco, a la calle. ¿De

acuerdo en todo?

—Haré lo que pueda.

—Hasta luego, entonces. Sé dónde vives.

Noah se marchó también. Atravesó de nuevo el local, viendo a la mulata en la barra circular, con un doble de *whisky* en las manos y la mirada inflamada, turbia, rabiosa. Sin prestarle mayor atención, el agente especial abandonó el lugar. Poco más tarde, estaba en su coche del Servicio, con radio-teléfono, al habla con el inspector Nilsen:

—... y que Blake no pierda de vista a Bob Culkin. Puede que Bob sepa algo y trate de huir, o puede ser que, al investigar, alguien se sienta molesto, en peligro, con el consiguiente riesgo para Bob. Y, de momento, lo que hay es esto, señor: el martes por la noche hubo carga extra en el muelle Once. Si no recuerdo mal, ahí tiene su zona de operaciones Delby. Martes por la noche, carga de materiales. Miércoles por la mañana, huida. Prosigo con mis ideas, señor. Investigaré por otro lado lo mismo que Bob. Tendrá más noticias.

Cortó la comunicación.

Instantes más tarde, el coche arrancaba, alejándose de aquella zona, rumbo sur, hacia el 980 de Day Avenue, Coconut Grave.

Un notable cambio de ambiente, sin duda. En Coconut Grove olía a playa, y la luna brillaba, espléndida.

V

LA sorpresa de Berenice hizo sonreír a Noah, incluso con amabilidad. Eso, claro, aparte de la sonrisa que Berenice, por sí misma, arrancaba con su femenina presencia; con su bonito rostro, los labios sonrosados, la figura juvenil, bien formada. Y en aquellos momentos, además, muy sugestiva, con un pijama y una bata encantadores. Todo oculto, y todo insinuado, muy suavemente.

—¿Dormía, Berenice?

—No... No, no... Estaba viendo la televisión.

—Ya...

—¿Cree que soy poco imaginativa? La televisión suele ser, dicen, la evasión de los pobres de espíritu...

—Bueno, no tanto... ¿Puedo pasar?

—Bien... Sígame, señor Holden.

Con gusto la siguió Noah, puesto que aún con la sonrisa en los labios, la observaba de espaldas, comprobando la esbeltez de aquella silueta. Una vez en la salita, donde estaba funcionando la televisión, con un final de «telefilme» con muchos tiros, Berenice se dirigió al aparato, lo detuvo, y se volvió hacia Noah, que estaba en pie, mirándola.

—Siéntese, señor Holden —musitó la joven.

—Gracias.

—Tengo algo en la nevera...

—No se moleste, Berenice. Siéntese. Ahí no; a mi lado.

Berenice miró a Noah a los ojos; luego, un poco vacilante, fue a sentarse junto a él.

—¿Por qué esa sonrisa, señor Holden? —musitó, mirándole a los ojos.

—¿Te molesta?

—No... Oh, no... La encuentro un poco rara... Pero, diga, ¿ha venido a averiguar si la ley de la gravedad tiene algo que ver con la caída del cabello..., por ejemplo?

—No... Este marco ya me parece más adecuado para ti. Es un bonito apartamento, Berenice.

—Sí... Oiga, ¿qué sabe de míster Delby? No estuvo en todo el día en la oficina. Yo estuve cumpliendo mi horario normal de trabajo, pero... En fin, sospecho que es estúpido que vuelva mañana... Aunque he estado reflexionando sobre este asunto, y... si míster Delby lo ha abandonado todo, yo no voy a hacerlo. Me presentaré diariamente en la oficina, de modo que cuando reclame mi indemnización por vía legal, me sea concedida, sin trabas. ¿Le parece que hago bien? Si yo no volviese a la oficina, se rechazaría mi solicitud de indemnización, dado que yo misma habría abandonado el trabajo.

Le miraba con ojos un tanto ansiosos.

Noah asintió con la cabeza, y dijo:

—Me parece una excelente idea, Berenice. Y sépalo ya: míster Delby, en estos momentos, debe estar alojado en cualquier hotel de Caracas. Y, quizá, preparando un viaje más largo. Todo ello, con millón y medio de dólares, según sospecho. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—Pero... ¡millón y medio de dólares...! Que yo sepa, míster Delby no ha realizado jamás operaciones tan importantes, señor Holden. Oh, claro, yo desconozco muchas de sus cosas. Bien..., siento no poder informarle sobre eso. Ni sobre nada. Estoy muy desconcertada, de veras. Jamás creí que me ocurriese una cosa así...

—Quiero hacerle otra pregunta, la que, en realidad, ha motivado mi visita: ¿qué sabe del martes por la noche? ¿Está enterada de la carga de unos materiales que debía realizarse a medianoche?

—No... No, no. En absoluto, señor Holden...

—Vaya... El martes, según usted, entonces, no ocurrió nada fuera de lo común en la oficina.

—Absolutamente nada, se lo aseguro. Míster Delby se comportó como siempre; simpático, natural... Entonces..., ¿ha huido con millón y medio de dólares? ¿Proviene de un negocio sucio?

—La procedencia del dinero es muy curiosa —sonrió un tanto torcidamente Noah—. Pero no importa. Vayamos a otra cuestión.

¿Conoce un buque carguero llamado «Ojus»?

Berenice vacilaba.

—No recuerdo... —musitó.

—Eso significa, sin duda, que no ha realizado, al menos recientemente, operación alguna con míster Delby. Operaciones a la luz del día, claro.

—Pues no... Estando yo delante, no. Eso, con toda seguridad. Sin embargo, ha podido ser antes de yo tomar posesión del empleo. En la oficina tengo papeles de todas las operaciones, en los que, naturalmente, constan esos datos. Nombre del buque, destino y demás... Pero, ya digo, desde hace seis meses. De todos modos, es posible que me falle la memoria, señor Holden.

Noah reflexionó unos instantes.

Luego, la miró a los ojos, inquiriendo:

—Diga, ¿alguna vez ha visto material envuelto en lonas? Material muy pesado, al parecer...

—Oh, muchas veces, señor Holden... En realidad, la mayor parte de las mercancías se envuelven en lonas. Eso no tiene absolutamente nada de particular.

—Ya...

—No le ayudo mucho, ¿verdad? —murmuró Berenice.

El hombre del

F. B. I.,

esbozó una sonrisa. Aquella vez, tomó el rostro de Berenice con ambas manos, y la miraba a los ojos. Dijo:

—Muy bien, es cierto que no colaboras gran cosa, Berenice. Pero, por lo menos, espero que no andes metida en esto. Es lo máximo que espero de ti. ¿Me comprendes?

—Señor Holden..., ¿cree que yo... que yo...?

—No, no. Yo creo que «no». No me decepciones, es todo.

Ella seguía con el rostro entre las manos de Noah; seguían mirándose a los ojos, en silencio en aquellos momentos. Berenice pareció captar la intensidad del instante, y descubrió entonces que tenía veintitrés años, que era una mujer, que la presencia de aquel hombre de negra mirada la turbaba, y que se sentía incapaz de despegar los labios, para pedirle que la soltara.

—¿Me pides que no te decepcione por algo especial? —inquirió Berenice, casi sin reconocer su propia voz.

—Bueno..., nunca se sabe.

—Noah..., ¿qué piensas de mí? Como mujer, quiero decir.

—¿Te interesa más mi opinión que la tuya propia?

—Yo puedo estar equivocada.

—Hum... Bien..., tienes encanto femenino.

—¿De veras? —susurró Berenice.

—Muy de veras.

—¿Y... eso significa mucho?

—En una mujer, casi todo.

—Noah..., algo me está ocurriendo esta noche, aquí, y ahora...

Creo que es culpa tuya.

—Tal vez de ambos, ¿no?

—Sí, claro, no quiero ser injusta... ¿Qué va a seguir? Ahora, o dentro de un minuto, ¿qué ocurrirá, Noah?

—Me iré.

—Ya... A pesar de mi encanto femenino...

—Supongo que no vas a perderlo en unas horas, o unos días.

—Eso significa que volverás, Noah. ¿Es verdad?

—Sospecho que sí...

Berenice sonrió un poco, y enrojeció.

—¿Sabes, Noah?, me gustaría conocer alguna artimaña para retenerte. Hay muchas mujeres que saben cómo hacerlo...

—No necesitas artimañas... Y ahora, iban a servir de poco, Berenice.

—Entiendo. ¿Me... sueltas? Ha sido un momento singular, Noah, te lo aseguro.

Noah le soltó. Luego, sólo relativamente sorprendido, vio el brillo de los ojos de Berenice, y un segundo más tarde se encontró con los suaves brazos de la joven rodeando su cuello. Ella estaba arqueada, pegada a él, y había puesto sus labios sobre los de Noah, que adivinó mucha dulzura, cierto miedo, en aquel estrecho abrazo, en el beso. Luego, en la temblorosa boca de Berenice, en su expresión.

—Y ahora, voy contigo, Noah —dijo ella.

—¿Conmigo?

—Veré todos los papeles de la oficina. ¿O tanto confías en mi memoria?

—La tengo en un alto concepto, Berenice, es verdad. De todos

modos, confieso que había pensado ir solo a la oficina y remover todos los papeles. Supongo que tu ayuda resultará eficaz.

—Eso espero. Noah..., de veras no podía imaginar todo lo sucio de los negocios de míster Delby...

—Suele ocurrir. Todo lo del muelle Once; la nave, el tinglado, los astilleros en ruina, son una tapadera. Entonces, ¿dispuesta?

—Sí, siempre que aguardes un minuto.

—Te espero. Ponte algo oscuro.

—Bien...

Se puso en pie. Sonrió de nuevo, mirando a Noah a los ojos, y se inclinó para besarle en los labios, largamente, como buscando algo, como buceando, confiando a su instinto algunos descubrimientos. Realmente, sus ojos eran muy expresivos cuando se separó de Noah, que parecía estar viendo, o poco menos, como por televisión, todo lo que pasaba por el cerebro de Berenice; desde las descargas de sangre, emotivas, a sus dudas, a su aturdimiento.

—Noah..., ¿sigues pensando lo mismo de mí? —musitó Berenice.

—No.

—¡Noah...! Oh, yo... Claro, he cometido un error...

—Mi opinión sobre ti ha mejorado bastante —sonrió Noah.

Ella suspiró.

—¿Por... los besos? —inquirió.

—Ajá.

—Entonces...

De nuevo se inclinó. Noah sintió que su voluntad flaqueaba. Eran besos limpios, no el «french kiss» erótico de las películas. Pese a ello, tuvo que dominarse para no rodear la cintura de Berenice y sentarla en sus rodillas, dejando aquella noche en blanco... con respecto al

F. B. I.,

claro. Sin embargo, tras aquel beso, reaccionó.

La empujó suavemente, y dijo:

—Sigue mejorando mi opinión, Berenice, pero ve a cambiarte.

—Sí, Noah... Yo... Lo que me ha ocurrido...

—Tendrás tiempo de pensar en ello. ¿De acuerdo?

—No quiero pensar.

Y salió del «living», dejando a Noah a solas, con un frescor en los

labios como si hubiese tomado fresa con «*rocks*». La oyó moverse por el pequeño apartamento, y entornó los ojos, recordando de modo perfecto el rostro de la joven; encanto, exacto. Eso era: encanto. Luego, una nueva reacción le hizo meter la mano en el bolsillo y conectar una frecuencia determinada en su radio, del tamaño de una pitillera.

—Owen a la escucha —fue la respuesta a su llamada.

—Atento, Owen. Vamos a salir juntos. Berenice y yo quiero decir. No hace falta que nos sigas muy de cerca. Vamos a las oficinas de todo el tinglado que tenía montado Delby en el muelle Once. Allí trataré de hallar algo. Síguenos, está atento, por si alguien creyera conveniente entrar en acción. ¿Comprendido?

—Sí, desde luego. ¿Qué hay de los demás?

—He localizado algo, pero no es momento de hablar, Owen. Corto.

Lo hizo, y guardó la radio. Luego, encendió un cigarrillo, esperando a Berenice, que se presentó un instante más tarde, vestida con un mini jersey azul oscuro, con bonitos encajes, y una falda ancha, por encima de las rodillas, oscura también. Resaltaba mucho su cabellera roja, su rostro.

—¿Me estabas diciendo algo, Noah? —inquirió.

—No.

—Creí que hablabas...

—Tal vez. A veces lo hago solo. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Instantes más tarde estaban en el coche de Noah, quien se situó frente al volante. Miró a Berenice, y dijo:

—Tal vez me sigas ayudando, con una relación de las visitas recibidas por míster Delby últimamente... Aunque, como siempre, sospecho que todo su negocio del muelle Once estaba completamente separado de los sucios. Aun así, se puede hacer la prueba. ¿De acuerdo?

—Lo haré con gusto, Noah.

Noah sonrió, le acarició la barbilla y puso el coche en marcha.

Con cara de desolación, Berenice miró a Noah, y dijo:

—Nada, Noah... Ya ves..., lo he revuelto todo, y en ningún papel se menciona ese buque, el «Ojus». Lo siento... Y esto es todo

lo que hay en la oficina. Tal vez en el apartamento de míster Delby...

—No... Allí, es inútil. Delby se ha marchado con cierta precipitación, pero sabe lo que hace... Escucha esto: nosotros, el F. B. I.,

de tener ahora a nuestro alcance a Delby, no podríamos detenerle, ni acusarle de algo concreto, ¿comprendes? No tenemos la menor prueba de sus negocios ilegales. Tal vez los agentes del Tesoro le pidieran explicaciones sobre la venta del coche, en relación con los impuestos que ello supone. Pero es todo. Por consiguiente, empiezo a sospechar que Delby, en realidad, no huye de nosotros, sino de la gente con la cual ha cerrado un trato de millón y medio de dólares... Y hasta ahora, nada lo confirma, además. Bien, nada tenemos que hacer aquí ya.

—¿Entonces?

—¿Conoces, a los hombres que han cargado o descargado para Delby?

—Bueno, a algunos...

—Entonces, ven conmigo.

Berenice se puso en pie. Echó un vistazo a los papeles, desordenados, se encogió de hombros y pasó las dos manos por un brazo de Noah.

—Dispuesta —dijo.

Noah se inclinó un poco, besándola ligeramente en la comisura de la boca.

Apararon las luces y echaron a andar.

De nuevo en el coche, poco más tarde, Noah había descubierto a Owen, que les seguía muy discretamente. Nada había ocurrido, no obstante. En fin..., tal vez Bob Culkin pudiera ya decir algo.

VI

NO. Nunca diría una palabra.

Estaba en su cuarto de dormir, en un húmedo y pequeño apartamento del 130 de la calle Tres. Estaba su cuerpo, lleno de sangre, que aún manaba caliente, de un modo escandaloso, de un tajo que casi le había decapitado. Estaba en el centro del cuarto, y lo único notable de allí era que Bob Culkin había hecho provisión de *whisky*. Había varias botellas sin descorchar. Tal vez algún contrabando...

¿Qué demonios importaba eso?

Noah, un tanto pálido, furioso, empezaba a estar seguro de haber dado en el clavo, pero... al clavo le habían cortado la cabeza. O casi. Infeliz Bob... Hora y media antes, con una guapa chica, muy llamativa, con mucho «*sexy*». Y ya...

Por unos instantes, Noah había olvidado a Berenice. La miró rápidamente, y acudió junto a ella. Berenice estaba apoyada de espaldas en la puerta, completamente lívida.

—¿Le has visto bien el rostro? —inquirió Noah—. S-s-sí...

—Salgamos de aquí, entonces.

Noah, tomándola por los hombros, la condujo hacia una salita en completo desorden, con calcetines agujereados metidos en un florero, y cosas por el estilo. La sentó en un pringoso sillón, e inquirió:

—¿Le habías visto antes?

—No..., no, no...

—De acuerdo, olvídale. Está claro que Delby separaba muy bien lo sucio de lo limpio. No te muevas de aquí.

Mientras que Berenice, a duras penas, vencía sus náuseas, Noah extrajo la radio, conectada con Owen, y obtuvo respuesta:

—¿Ocurre algo, Noah?

—Sube. Hay un cadáver. Océpate de servicios de ambulancias, huellas, todo eso... Pero no tú; nuestros servicios. Tú océpate de devolver el color a Berenice, y atento a una posible comunicación mía.

—¿Berenice? Sí..., ya os he visto en el coche...

—No perdamos tiempo —rezongó Noah—. Corto.

—¡Eh!

—¿Qué pasa?

—¿Qué vas a hacer tú?

—Bueno... aún mana sangre de la herida de Culkin. Y está a una temperatura normal. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

—Claro. El asesino anda cerca.

—Eso espero. Corto.

Guardó la radio y miró a Berenice, que estaba reaccionando.

—Dentro de unos instantes, un hombre del

F. B. I.,

estará a tu lado. Tranquilízate.

—S-sí... Yo jamás había visto...

—Y yo pocas veces, Berenice. Y he visto bastante, no creas. Hasta luego.

Sin dejar despegar los labios a Berenice, el hombre del

F. B. I.,

salió de la inmunda salita, y lo primero que hizo fue registrar las demás dependencias. Cabía, por ejemplo, que el propio Culkin hubiese abierto la puerta al asesino, lo cual, a su vez, indicaba que se trataba de un conocido. Pudo ser, por otro lado, que las investigaciones que hubiese llevado a cabo Culkin hubieran alarmado a alguien, que actuó, tal vez esperando a Bob Culkin en el apartamento de éste, asesinándole en cuanto pisó el dormitorio. De ser el segundo caso, habría que buscar un punto de acceso factible al apartamento, por cualquier lado.

Ya estaba en la cocina. La ventana abierta, olores extraños...

Noah, tras una ligera vacilación, extrajo la automática de la funda situada en el costado y saltó a la pileta, para asomarse luego con discreción, observando el terreno.

Factible.

Muchos tubos de desagües, patios interiores, poca luz...

A pesar de ser factible, difícil.

Asomó mejor, echando un vistazo más completo. Tal vez el asesino se había manchado de sangre, y dejado alguna huella...

Más de una, en un tubo de uralita. Sin detenerse a meditar, y pese a que estaba oyendo la llegada de Owen, Noah pasó por el marco de la ventana, aferrándose al tubo de uralita, que iba mostrando ramificaciones diversas, con codos distribuidores.

Fue descendiendo, hasta observar que para llegar al suelo había que efectuar un salto de varias yardas; un salto realmente escalofriante, teniendo en cuenta que el patio de abajo era el depósito de un bar, y estaba lleno de botellas, muchas de ellas rotas.

Por tanto, o el tipo había saltado por allí, o...

Le vio entonces.

Exacto: había saltado, aferrándose a un codo de uralita, y estaba con los pies sobre el marco de una ventana, a oscuras. Una oscuridad que se truncó en el instante en que el tipo de la ventana disparaba con una automática provista de silenciador. El taponazo encontró un débil eco, y la bala, tras un rebote en la pared, aulló, perdiéndose.

Noah entendió inmediatamente que sólo tenía dos alternativas, si no quería ser acibillado en aquel oscuro patio. Una: saltar al patio del bar. Dos: saltar al codo, lo más inesperado, lo más difícil, por lo cual, en suma, podía ser lo que tuviera éxito.

Esquivó el segundo disparo, y saltó.

Lo hizo con potencia, rodeando el codo de uralita con el brazo izquierdo, balanceándose en el vacío, desconcertando al asesino, quien falló un nuevo disparo.

Con su balanceo, Noah había tomado impulso, y sus dos pies, al mismo tiempo, alcanzaron al tipo en el pecho, tirándolo hacia atrás, por el hueco de la ventana, sin peligro de desnucarse, seguramente, ya que debió caer al interior de otra cocina.

Noah no dio margen para que reaccionara, teniendo en cuenta que el más peligroso momento sería aquél en que él atravesara el marco de aquella ventana.

De ahí que lo hiciera con centelleante rapidez, aun a riesgo de estrellarse de narices contra alguna estantería, o cristales...

Chocó, pero contra un tabique.

El rebote, violento, le salvó de un nuevo balazo. Y, de rechazo,

la luz rojo-amarillenta que brotó de la boca del cañón del arma, le situó perfectamente al tipo.

Primero, el pie derecho de Noah: un punterazo a bulto.

A juzgar por el gruñido, debió ser un buen blanco. Aun así, no había que hacer concesiones, puesto que el tipo, además de la pistola, llevaba un afilado cuchillo; las pruebas estaban en el dormitorio de Culkin.

Por consiguiente, tras el primer golpe, lanzó otros dos, consecutivos, violentísimos, notando resistencia solo en el segundo; un choque le dobló el tobillo.

Para entonces, ya estaba habituado a aquella oscuridad, y veía la silueta de tonel de aquel hombre, que cubría con una cazadora oscura su jersey a rayas, marinero. Noah se inclinó, le aferró la muñeca derecha, se la retorció, y con una rodilla le aplastó la boca, cuando el tipo inició la defensa. La pistola cayó al suelo, y luego el tipo, con los nudillos de la diestra de Noah metidos en un ojo, exhaló un gemido y pareció que había perdido el conocimiento.

Error.

Lo que hizo fue tomarse un respiro, reponer fuerzas, y lanzar un traidor puntapié al bajo vientre de Noah, que de haberle alcanzado tal vez le hubiese matado. Noah sintió el golpe en un muslo, y actuó con toda su frialdad, dispuesto a hacer daño.

Nuca, nuca, espalda... Le estaba asestando culatazos, dejándole arqueado, sin fuerzas.

Le agarró luego por los cabellos y le colocó la boca del cañón de la automática en la boca.

—Chupa..., chupa el hierro... —masculló Noah.

Luego, los jadeos de Noah, que tenía la ropa pegada al cuerpo a causa del sudor.

El otro, quieto, dolorido, aterrado por el cañón del arma metido en su boca, miraba con ojos redondeados, enrojecidos, a Noah.

—¿Sheldon? —inquirió Noah.

No había respuesta, al parecer.

Noah sonrió secamente.

Dominando la situación, se puso en pie y buscó el interruptor de la luz, que instantes más tarde hería la vista de aquel hombre. Era un tipo grande y fuerte, sí; llevaba barba de tres o cuatro días, y su aspecto resultaba feroz, grotesco, grosero.

—Supondré que eres Sheldon —dijo el hombre del
F. B. I.

—. Voy a hacerte unas cuantas preguntas.

El tipo se humedeció los labios.

—Bob... Bob me amenazó con un arma...

—¿Sí? ¿Cuál?

—La... la automática...

—No discutamos tonterías. Tú le proporcionaste un trabajo muy bien pegado el martes por la noche. ¿No es así?

—Sí... Una carga que había que trasladar de unos camiones a un buque.

—Exacto. ¿Qué más?

—No sé nada más sobre esa carga...

—Voy a admitirlo. No obstante, has tenido tratos otras veces con esas mismas personas, Sheldon. Es inútil que lo niegues, y poco importa que consigas unos minutos de tiempo con tu silencio. En todas las cosas sólo hay un final, y, normalmente, es lógico. No sé si lo vas entendiendo: el Archivo del

F. B. I.,

está lleno de casos terminados, cerrados..., por defunción, en muchos casos. ¿Bien? Nombres, Sheldon. Nombres de todos los hombres que conozcas, relacionados con eso. Nombre del capitán del «Ojus», todo lo relativo a este buque... Ya.

Sheldon trató de adoptar una postura más cómoda, pero un revés, aparte de llenarle la boca de sangre, le dejó en peor posición.

Noah le miraba fijamente.

—Estás despierto, Sheldon, por consiguiente cualquier intento tuyo sería sólo un sueño estúpido. Nombre del capitán del «Ojus», y datos sobre el buque. ¿Sabes hacia dónde llevaban la carga? ¿En qué consistía esa carga? ¿De dónde provenía?

Sheldon estaba negando con la cabeza.

—No, no, no... Ignoro casi todo eso. Es cierto, no obstante, que conozco al capitán del «Ojus»... Oh, bueno..., ni es capitán ni es nada. Es un tipo que conoce el mar, y lo mismo se le ve mandando el «Ojus» que conduciendo turistas a los cayos..., aunque sea exagerar un poco. Desconozco el buque, ésa es la verdad...

—¿Quién es ese hombre, Sheldon?

—Se llama Brennan... Eso es, Brennan.

—¿Dónde vive?

—Tiene un «cottage» en North Miami... En la calle Fluegger. Eso es lo que sé de él. Bien..., me ha dado trabajo muchas veces, ésa es la verdad.

—¿Siempre en el muelle Once?

—No. Ha sido tan ocasional como en otras operaciones. Y... Bob estaba cometiendo el error de andar vociferante... Si Bob hubiese sido más razonable, no habría tenido que matarle. Supongo que ha sido por miedo al

F. B. I.

—Eso, en sí, ya demuestra que era más razonable de lo que supones, Sheldon. Repite los datos del hombre que mandaba el «Ojus».

—Brennan, North Miami, calle Fluegger.

—Bien. Quieto ahora.

Noah extrajo la radio y efectuó una llamada. La respuesta llegó inmediatamente:

—Owen. ¿Algo nuevo, Noah?

—Sí... Voy a conducirte a Sheldon. No importa ahora quién es. Ya se lo preguntarás personalmente. Ponte al habla con la Delegación, y advierte al inspector Nilsen para que esté preparado, con más hombres, por si fuese necesaria una rápida intervención..., aunque te parezca muy optimista por mi parte.

—Está bien; lo dirás por algo, supongo.

—Así es. Asómate a la ventana de la cocina, y verás a Sheldon, trepando. Atento.

—De acuerdo.

—¿Y Berenice?

—Muy guapa.

—Está bien, ¿eh? Demonios, me refiero a si se ha recuperado.

—Es fuerte, descuida. Por cierto, adivina quién ha llegado.

—No sé...

—Blake. Está hecho una furia. En realidad, es así como oculta su vergüenza... Bob le despistó, y no le ha hecho mucha gracia.

—De todos modos, Blake está vivo, y es lo que importa. Al no verle por aquí sospeché que, simplemente, se debía a que Bob Culkin le había despistado. Bueno, atento a Sheldon. Cuando estéis listos aquí, le conducís a la Delegación; tal vez amplíe datos,

informes. Seguid protegiendo a Berenice, y anota: calle Fluegger, North Miami, un tipo llamado Brennan. Tal vez, si tardo mucho, veáis mi cabeza allí. ¿«Okay»?

—Entonces, tenías razón, ¿eh, Noah? Todo el asunto tiene que ver con Delby y sus tinglados.

—Eso parece. Corto.

Tras cerrar la comunicación, miró a Sheldon, y rezongó:

—Muévete. Trepa por los tubos de uralita, y te metes en la cocina del apartamento de Bob. Te están esperando. Procura hacer las cosas bien, porque vamos a ser dos hombres del

F. B. I.,

apuntándote con nuestras pistolas. A la ventana.

Sheldon, con ciertas dificultades, tal vez fingidas, se puso en pie. Miró de soslayo a Noah, pero éste le apuntaba con la automática, e hizo un gesto, apremiándole. Por tanto, el tipo no tuvo otra alternativa que saltar hacia el marco de la ventana, desde allí, con facilidad, al codo distribuidor. Sheldon miró hacia arriba, vio luz y la figura de un hombre, que le mostraba una automática. También Noah estaba asomado a la ventana, esperando verle trepar.

Sheldon vacilaba. Era realmente estúpido ir a meterse entre las garras del

F. B. I.

Él era fuerte; un tipo duro. Podía romperse un centenar de huesos y clavarse veinte aristas de cristal de botella, si no tenía suerte, pero... ¿Por qué no intentarlo? ¿Qué le esperaba en manos del

F. B. I.?

Se oyó la voz de Noah:

—Arriba, Sheldon. De una vez.

Pues no.

Fue abajo. Sheldon decidió el salto en un segundo: se dejó caer, tras un cálculo de lo que permitían ver las luces de aquellas dos ventanas.

Mala suerte. Las sombras le engañaron y cayó de lleno en el rincón donde estaban todas las botellas inservibles; aristas punzantes, cortantes, que debieron hacer mucho daño; no obstante, cosa rara, Sheldon no gritó. Bueno..., tampoco se movía. Estaba sobre el montón de botellas rotas, de bruces o de medio lado... De un modo extraño.

Noah extrajo la radio; no era cosa de chillar para ser oído por Owen, y llamó a éste.

—¿Qué crees, Owen? —inquirió.

—Se ha roto el cuello, seguro, Noah. Ése está listo.

—Sí... De todos modos, vigila, o que lo haga Blake. Los mismos servicios que se ocupan del cadáver de Bob, que retiren el de Sheldon. Y, en definitiva, nada hay que lamentar. Es todo, Owen. Hasta la vista.

—Suerte, Noah.

Noah cortó la comunicación.

Salió de la cocina y se orientó por aquel piso mohoso, que pertenecía a un edificio destinado a derribo, según rezaba en un cartel, en la puerta de la calle. Y una vez pisando el asfalto, Noah se sintió un poco mejor.

Fue en busca de su coche, se metió en el interior, y ya sin más enfiló Biscayne Boulevard, y «Uno» nacional en aquel tramo, en dirección al Norte, a North Miami. La pista era en aquellos momentos un sedante para Noah; una pista iluminada, con la playa visible a la derecha, a retazos, como la espuma, luces de embarcaciones, el brillo de la arena de las playas, con sus cocoteros cerca, todo más visible, más cercano cuanto más al Norte.

Veinte minutos más tarde, Noah Holden dejaba su coche en una esquina de Fluegger Street, y caminaba hacia el «cottage» del tal Brennan. Por el momento, no había luz en el pequeño edificio. Ni luz, ni vestigios de vida.

Diez minutos más tarde, Noah observaba la total soledad del lugar.

VII

LA espera, que duró más de una hora, había crispado los nervios a Noah. Sin embargo, se tranquilizó de súbito, se serenó, cuando oyó el zumbido del motor de un coche, que iba perdiendo velocidad y se acercaba a la entrada del «cottage» de Brennan.

Tras un muro de ladrillo, con verja de hierro encima, el hombre del

F. B. I.,

estuvo observando al tipo que descendió del coche, para abrir la puerta del «cottage», y luego la del garaje. Regresó al coche, y tras unos instantes de silencio, de inmovilidad, el tipo realizó una extraña maniobra; aprovechó la anchura de la calle para dar la vuelta, y entrar al revés en el recinto del «cottage». Además, no metió el coche en el garaje, sino que lo dejó frente a la puerta del edificio.

Luego, saltó del vehículo y penetró en el edificio, encendiendo la luz del vestíbulo, lo cual orientó mejor a Noah, que había saltado la verja y se acercaba al coche, mirándolo, anotando mentalmente el número de matrícula, marca; todos los datos.

Se acercó a la puerta del «cottage», con la automática en la mano, observando que por allí no tenía acceso. Por tanto, dio un leve rodeo hasta llegar a un lateral, con una ventana iluminada, sí bien una cortina impedía ver claramente el interior de la correspondiente estancia.

Noah se esforzó, buscó todos los ángulos, y, por fin, pudo ver algo que le hizo fruncir el ceño.

Bien..., no parecían existir dudas: aquel tipo estaba haciendo el equipaje. Al menos, estaba metiendo prendas en una maleta de cuero, de cualquier manera, con cierto nerviosismo, con prisas.

Curioso...

Noah abandonó la ventana y regresó a la parte delantera del «cottage»; echó una mirada al coche, y luego, con toda calma, se metió en los asientos traseros del vehículo, realmente cómodo; un modelo de la «Chrysler» muy moderno. Por lo visto, lo sucio le va bien a la gente.

Y a esperar, sin soltar la automática.

Era cierto que Brennan tenía mucha prisa, dado que antes de diez minutos había hecho el equipaje y estaba listo. Salió de la casa con la maleta, fue a dejarla en el portaequipajes del coche, y luego, con zancada fácil, ganaba la portezuela del estupendo «Chrysler» y encendió un cigarrillo, con cierto ligero temblor de manos aún.

—Brennan.

El tipo quedó como helado. Un simple vistazo al retrovisor lo decía todo. Allí, detrás, tenía a un hombre armado; un tipo cuyo rostro era realmente sombrío en aquellos momentos, tanto como la boca de la automática.

—¿Quién es usted...? —musitó Brennan.

—¿No lo adivina, de verdad?

—No sé... Oiga, yo me iba... He hecho el equipaje, y desaparezco para siempre de Miami. ¿Comprende? Eso es todo lo que voy a hacer. Yo soy discreto; siempre lo he sido... Ni siquiera me importa lo ocurrido con Culkin y Sheldon... No quiero saber nada...

—¿De veras? Bueno, sigue.

—Yo, en lugar de ustedes, no me complicaría la vida con más sangre. Me he enterado no hace mucho de que el

F. B. I.,

anda de por medio, y eso le ha costado, de momento, la vida a dos hombres. Yo no quiero ser el tercero, ni a manos de ustedes, ni a las del

F. B. I.

—Ya... ¿Qué hiciste con la mercancía?

—¡Un momento! ¿Está bromeando? Hice lo que se me ordenó: dejé el buque delante de Bal Habour, al norte de Surfside. Luego, con los demás tripulantes, lo abandonamos, y eso es todo. Nos indicaron que lo dejásemos a quinientas yardas de la costa, y así lo hicimos... La mercancía, buque incluido, ha tenido que llegar a sus

manos. No puedo decirle más. Todos nos fuimos con los botes y olvidamos el asunto... Repito: usted bromea.

—No... No, Brennan. Tal vez ocurrió que el buque ha caído en otras manos. Nosotros no hallamos la mercancía. Ni el buque. Y te pagamos bien, ¿no?

—No demasiado —gruñó Brennan—. Y tengo que insistir: el buque...

—¡No estaba en el lugar donde debíamos encontrarlo!

—Oiga, eso no es posible... Era frente mismo a Bal Harbour... Mejor dicho, y con mayor exactitud, tomé como referencia unas luces costeras, tal vez pertenecientes a una quinta, a alguna propiedad privada... No puede haber error por mi parte... No lo hubo, estoy seguro. Además, si algo no ha ido bien, no creo que sea todo culpa mía. ¿Dónde está Delby? ¿Por qué no ha dado la cara? Las cosas, por teléfono, y en cabinas situadas en los puntos más estúpidos, dan lugar a estas circunstancias... Si quiere, le conduzco, por costa, al lugar donde dejé el buque.

—Está bien. En marcha.

—¿Es necesario que me siga apuntando?

—Sí. Vamos.

—De acuerdo... No entiendo nada de lo que ocurre... Ya noté en Delby que esta vez las cosas se hacían de otra manera. Entiendo que a todo el mundo le gusta la discreción, pero hasta cierto punto. Hay que confiar un poco en la gente que puede ser útil. Y, ¿sabe?, si algo ha salido mal, culpen a su desconfianza.

—Lo haremos, lo haremos... —sonrió torcidamente Noah.

—Seguiremos por la «Uno» nacional. Luego, nos situaremos en el subterráneo de las Bay Harbour Islands, hasta llegar a Bal Harbour. Le mostraré, desde tierra firme, el lugar donde dejamos el buque.

—Me parece bien. Una vez allí, seguiremos hablando sobre lo que puede haber ocurrido.

Los dos hombres se habían apeado del coche, dejándolo bajo unos cocoteros, en una revuelta del camino ascendente. Una vez en la lomita de arenilla y tierra húmeda, divisaron perfectamente el mar. La luna, encima, le proporcionaba el aspecto de una gran balsa brillante, con sus bellos calados en blanco; espuma que coronaba las olas y llegaba mansa a la orilla.

—En línea prácticamente recta, a quinientas yardas. Eso es lo

que ustedes ordenaron, y lo que hice.

Noah, sonriendo aún, de un modo vago, inexpresivo, lo observaba todo.

—Y si se fija, por entre las hojas de esos cocoteros verá las luces de la quinta, o lo que sea, a que me refería antes.

—Sí, ya veo. Y observo que al otro lado hay rocas, lisas, como si fuese un fondeadero... ¿Crees que el buque ha podido llegar hasta la costa, precisamente a esta costa?

—Bueno..., depende de la profundidad de estas aguas, claro. No puedo asegurarlo en este momento. El fondeadero puede ser, simplemente, para yates, o embarcaciones de recreo, o deportivas, de poco calado. Tal vez no fuese suficiente para el buque «Ojus»; no lo sé. Pero fue ahí. Y usted no puede negar ahora que ésas fueron las instrucciones que recibí.

—Casi me convences, Brennan... En fin, habrá que cambiar impresiones con el grupo. Si sale bien para ti, será cosa de una hora. Por tanto, al coche, y en marcha.

—Está bien...

Tras una perfecta composición del lugar hecha por el hombre del

F. B. I.,

ambos se dirigieron hacia el «Chrysler». Como antes, sin conceder a Brennan la menor posibilidad, Noah pasó a los asientos traseros.

—¿Hacia dónde? —inquirió Brennan.

—A Miami, a Downtown.

—¿Al centro?

—¿Ocurre algo? —Gruñó Noah.

—No... Es cosa de ustedes.

—Estamos completamente de acuerdo.

El tipo puso el coche en marcha. Y durante varios minutos ninguno de los dos despegó los labios. Hasta que Brennan empezó a pensar por su cuenta, y encontró raros algunos detalles. Por el retrovisor, además, veía, aparte de la pistola de Noah, la sonrisa de éste, que se ensanchaba, se tornaba irónica, cada vez que sabía que Brennan le observaba.

—Oiga..., ¿está seguro de que vamos por buen camino? —inquirió Brennan.

—El mejor camino. Antes de dos minutos, estamos en la

Delegación del

F. B. I.

Cuidado... No toques el freno, ni vale la pena ahora que corras el riesgo de partirte la cabeza con alguna falsa maniobra. ¿Comprendido?

—Pero... no es cierto...

—Eres estupendo, muchacho. ¿Hay algo cierto para ti en este mundo? Bien, no hace falta que me lo digas: el dólar. El gran dólar. Vas a ver muy pocos en lo sucesivo. Observa: el edificio federal. Y ahora... —Noah extrajo la radio, conectando con Owen.

Llegó la respuesta:

—Owen. ¿Dónde estás, Noah? ¿Necesitas ayuda? El jefe está...

—Si te molestas en tomar el ascensor y bajar a la calle, me verás, querido. Como ves, cuestión de dos minutos. Tengo preparada una sorpresa.

—Demonios... Voy ahora mismo.

En la misma pequeña colina desde la que estuvo observando la noche anterior, con Brennan, Noah Holden, vestido con un traje claro, camisa y corbata, con un coche deportivo entre los cocoteros, estaba realizando una serie de observaciones. Primero, con un telémetro portátil comprobó la distancia de quinientas yardas mar adentro; nada insalvable. El buque debió ser visto desde la quinta. En todo caso, pudo ser visto, sin la menor dificultad. Ni siquiera se precisaba el telémetro, de día, claro. Por la noche, tal vez. Dependía del grado de luces del buque.

Por consiguiente, algo ya estaba establecido: desde la quinta pudieron ver el buque.

Segunda parte: unos binoculares muy potentes, que le acercaban el edificio y los anexos, así como el jardín. Todo era grande, bonito, pero quizá un tanto descuidado. Además, no había nadie, pese a que existían envidiables instalaciones deportivas...

Cuidado: había alguien. Alguien que acababa de salir de la casa en «bikini», con una toalla, un libro, gafas de sol, bolsito..., chucherías.

Una hermosa dama, de cuerpo de bronce; un cuadro perfecto, con el «bikini» blanco, las piernas maravillosas, bronceadas; esbeltísima la silueta; un magnífico cabello negro... Iba a la piscina.

Noah tuvo que moverse un poco, para seguir observándola.

Simplemente, la dama extendió la toalla en un poco de césped, dejó las chucherías en el suelo y se tendió boca abajo soltándose la pieza superior del «bikini».

Noah se humedeció los labios. Recordaba muy bien el rostro de la tal Odile Douglass, pero aquella mujer no le daba margen para verle bien la cara. Además, aquellas gafas oscuras que se había puesto le llegaban casi desde el flequillo a la boca; unas horribles gafas, de concha blanca y cristal verde oscuro.

Noah, entonces, retrocedió. Llegó al coche, tomó asiento y realizó una llamada por radio, mientras encendía un cigarrillo.

—Inspector Nilsen al habla.

—Yo, señor. Bien, ¿qué hay de la quinta?

—Bueno, una de éstas con historia. Una quinta que perteneció a una buena familia, y un cabeza hueca la arruinó. El último miembro de esa familia la vendió a un tal Williams, quien la ha alquilado a varios inquilinos. El actual, según consta, es un tal Al Robertson. Desconozco más datos, de momento.

—Ya... Al Roberston... Eso no significa nada...

—No, claro. Un nombre, por sí solo, rara vez indica algo.

—Seguirá buscando entonces, ¿eh?

—Sí. No obstante, puede que sea algo lento, si no queremos despertar la alarma..., en el supuesto de que la gente de esa quinta tenga algo que ver con todo el asunto.

—Lo comprobaremos, señor. ¿Puedo pedirle algo un tanto... especial?

—Menos un mes de vacaciones...

—Es más simple: que venga Owen, o Blake, quien pueda de los dos, con un purificador de aguas, nuevo; completamente nuevo. Sin estrenar. Estoy en el mismo punto que reseñé anoche, con Brennan delante. Eso, y que en imprenta me fabriquen rápido, en minutos, unas tarjetas como vendedor de la marca de purificadores que me traiga Owen. ¿Es posible?

Un instante de silencio.

—¿Te va bien esperar una hora, Noah? —inquirió el inspector.

—¿Para responderme, o para que llegue Owen?

—Lo último.

—Una hora es el tiempo perfecto, señor. Son las once. A

mediodía con un posible martini, veremos qué tal se presentan las cosas.

—Comunica si hay algo nuevo. Corto.

Y Noah hizo lo propio, dejando la radio en la guantera. Luego, siguió fumando, en el interior del coche, bien camuflado. Para verle, tenían que dar un buen rodeo; y si daban ese rodeo, es que estaban estableciendo una vigilancia especial en la quinta, lo cual, a su vez, implicaría un recelo culpable.

Noah fumó dos o tres cigarrillos, pensando y haciendo tiempo, venciendo en más de una ocasión el deseo de tomar los binoculares y dedicarse a la contemplación de la «naturaleza viva». Tal vez la dama estaba tomando el sol de cara, sin importarle la pieza superior del «bikini».

Prefirió fumar otro cigarrillo, y así hasta que llegó Owen, mirándole con el ceño fruncido. Los dos agentes especiales habían abandonado los respectivos coches, y Owen tomó el purificador de aguas, metido en un estuche, bastante voluminoso, con detalle del motor en la tapa de cartón ondulado, y también, luego, extrajo una docena de tarjetas, a las que Noah echó un vistazo y guardó en su billetera.

—Bueno, ¿qué explicación tiene esto? —inquirió por fin Owen.

—¿Hay que explicarlo? Voy a intentar vender un purificador de aguas, eso es todo. Regresa a la Delegación.

—El jefe dice que te proteja.

—Vaya... De acuerdo. Ahí tienes sitio suficiente para tomar el sol o la sombra, lo que prefieras; en mi coche hay unos binoculares, con los cuales tendrás ocasión de... protegerme. Hasta luego, Owen.

Noah dejó a Owen con los binoculares en la mano, se metió en el deportivo y buscó la entrada a la carretera, y luego a la quinta que ya estaba Owen observando, con los binoculares, petrificado por la visión de aquella especie de sirena sin cola, la cual, efectivamente, no le daba a la pieza superior del «bikini» toda su importancia.

Noah condujo el coche sin prisas, y poco después estaba ante una verja de hierro, de puertas abiertas; una rampa conducía a la parte superior de la quinta; el coche ascendió con apagado rumor, hasta que Noah pudo ver de frente el conjunto.

Y alguien había salido ya a recibirle. Se trataba de un hombre de

casi cincuenta años, más bien delgado, vestido de oscuro, con camisa blanca de cuello rozado, mucho cabello gris y ojos de un azul pálido, de mirada cansada. El hombre, simplemente, esperaba la llegada de Noah.

El agente especial detuvo el coche ante las escalinatas que daban acceso a la puerta del edificio, y se apeó.

—Buenos días, señor. Me llamo Noah Holden. Mi empresa es «John & Millar, Inc.».

—Soy Roberston... ¿Qué desea?

—Estoy visitando la zona, en representación de mi empresa. Concretamente, mi atención se centra en las quintas con piscina. Puedo hacer una demostración práctica de cómo tener permanentemente pura el agua de su piscina. Vea.

Extrajo el purificador estuchado del coche.

El tal Roberston parecía un poco molesto. Dijo:

—Mejor que vea a mi hija Ana. Debe estar en la piscina, precisamente.

—Bien..., tengo la impresión de que le he distraído. Le ruego que me disculpe.

—No se preocupe, señor..., señor... Buenos días.

Y el tipo se metió en la casa, dejando a Noah con el purificador en las manos.

¿Ana?

¿Por qué no? Echó a andar hacia la piscina, e instantes después carraspeaba con cierta fuerza e insistencia, hasta que dos suaves manos se colocaron una no menos suave prenda en el busto. Y un rostro medio oculto por unas horrendas gafas estaba vuelto hacia Noah.

VIII

FUE casi imposible para Noah evitar un pestañeo de sorpresa, al mirar las aguas de aquella piscina; un agua verdosa, sucia, turbia. Había encima hojas de árbol, pétalos de flores, incluso algún papel arrastrado por la brisa.

Tras la extraña impresión, Noah miró de nuevo a la dama.

—¿*Miss* Ana Roberston? —inquirió.

—Sí. Diga. Oí llegar el coche, y ya imaginé que mi padre enviaría aquí a quien fuese.

—Pues esta vez creo que su padre ha acertado, y yo, y mi empresa

«John & Miller,

Inc.», cuyos purificadores de agua son perfectos. Usted me permitirá que ni siquiera le ofrezca el purificador de muestra que traigo conmigo. Simplemente, y aunque no suelo hacerlo, lo instalaré, y cualquier día me telefona, indicándome sus deseos con respecto al aparato. No quisiera ser grosero, *miss* Ana, pero esta piscina parece más bien un vertedero. ¿Se baña usted aquí?

—¿Está loco?

—Ya me parecía...

—Cosas de mi padre. En cuanto estoy una semana separada de él, me lo encuentro con la mugre hasta las cejas... ¿Y cómo piensa instalar eso?

—¿No se opone? —inquirió Noah.

Ella se encogió de hombros.

—Haga lo que guste. Aunque, claro, supongo que necesitará electricidad, al menos, para que funcione.

—Sí... Buscaré una toma cercana... Tendré que cambiarme.

—Claro.

—¿Puedo utilizar algún servicio...?

—Vaya a la casa y cámbiese. O, mejor... Mire, vayamos despacio. Son las doce y diez minutos... ¿Le molestaría tomar un martini conmigo?

—En absoluto —sonrió, con simple cortesía, Noah.

—Permítame, entonces. Yo misma tendré que ir a la casa. No tenemos servicio, ¿comprende?

—Bien...

—Un par de minutos.

La dama se puso en pie, tomó la toalla y se fue hacia la casa, seguida por la mirada de Noah, quien estaba a punto de olvidar a la dulce Berenice. La tal Ana Roberston era otra cosa; Ana era un estallido, una tremenda explosión en las venas...

Y el imbécil de Owen, dale con los binoculares, cuyo reflejo era claramente visible, si alguien miraba en aquella dirección. Noah prefirió dedicarse a algo más práctico que maldecir a Owen, y extrajo el purificador de aguas de su estuche de cartón, dejándolo entre el borde de la piscina y el césped, pésimamente cuidado, por cierto.

Y esperó, estudiando el diagrama de las instrucciones, para no crearse un exceso de dificultades.

Cuando tuvo una idea bastante completa de cómo se instalaba el aparato, giró, viendo a Ana, que se acercaba, vistiendo un albornoz estampado, muy corto, deliciosamente corto. Llevaba una bandeja entre las manos, y no parecía dispuesta a prescindir de las repelentes gafas.

Y llevaba algo más, que sorprendió a Noah, quien estaba pestañeando: una escopeta de caza. Pegada al costado derecho, apretada por el codo.

—¿Quiere tomar la bandeja, señor...?

—Holden... Con gusto, *miss* Robertson.

Noah tomó la bandeja y observó que Ana se movía un poco, y luego se echaba la escopeta al rostro, apuntando con buena técnica, ante el aturdido Noah.

—Oiga..., ¡¿qué va a hacer?! —Casi gritó Noah.

—Cazar un moscón... El muy pelmazo... ¿Cree que me ha quitado la vista de encima desde hace rato? Veo los reflejos de sus anteojos, y le voy a pegar dos tiros...

—Pero... Oh, vamos, *miss* Roberston... Si usted se hubiese mirado antes al espejo, lo comprendería mejor...

La dama dejó de apuntar, y miró a Noah.

—¿Usted cree? —inquirió.

—Desde mi punto de vista parece más claro, sin duda... De todos modos, tal vez un buen susto aleje al pelmazo.

Miss Roberston volvió a apuntar, y luego bajó la escopeta con un suspiro.

—Ha desaparecido —dijo—. Debió verme apuntando, claro.

Mientras la dama dejaba la escopeta en el césped, Noah miró con ira hacia la pequeña colina. Sin duda, la propia presencia de Noah en la quinta ya resultaba sospechosa; sólo faltaba Owen, cometiendo aquella estupidez. Por supuesto, un buen susto se lo tenía merecido.

—Siéntese en el césped, señor Holden, ¿le importa?

—En absoluto. Gracias.

Cada uno tomó su martini y bebieron en silencio unos instantes. Luego, la dama dijo:

—Será mejor que vuelva el lunes a colocar el purificador, señor Holden. Quiero revisar mi economía antes.

—Por eso no debe preocuparse. Yo...

—Por favor, no insista.

—Como quiera... Pero estoy seguro de que usted no se siente cómoda viendo la suciedad de esta piscina. Yo diría que sus gustos son mucho más delicados.

—¿Por qué razón?

—Bien..., sé ver dónde está una dama, y ahora tengo una delante.

—Muy amable, señor Holden. Lo cierto es que dudo entre buscar algo más pequeño para mi padre y para mí, o reformar esto un poco; está muy abandonado. Debo pensarlo. De todos modos, vuelva el lunes.

Noah sonrió.

—Será un placer, *miss* Roberston. Tal vez piensa pasar fuera el fin de semana.

Ella se encogió de hombros.

—Lo dudo. No tengo amigos —dijo.

—Vaya..., eso es lamentable. ¿Acaso hace poco tiempo que vive

aquí?

—Muy poco, en efecto.

—Mi impresión es la de que usted podría conseguir grandes amigos, *miss* Roberston. Y... tal vez piense de mí que abuso de la situación, pero no me importaría visitarla durante el fin de semana. Diga, ¿ha recibido alguna proposición para el sábado por la noche?

—No —sonrió Ana—. Ninguna.

—En este caso. Conozco bien Miami y Miami Beach. Yo...

—¿Podemos trasladar la salida al domingo?

Noah la miró, tratando de ver qué había detrás de aquellas gafas. Parecía que las pupilas eran oscuras, pero llevaba ya mucho rato viendo a la dama, y sus rasgos se iban descubriendo lentamente, se iba corriendo el velo, y Noah ya no tenía la menor duda: Odile Douglass.

—El domingo... ¿Puedo preguntar por qué? —dijo Noah.

—Es mi cumpleaños... ¿Sabe?, hace mucho tiempo que no celebro esa fiesta.

—Oh..., de acuerdo, el domingo por la noche. A las ocho, la vengo a buscar. O antes, si por la tarde quiere dar un bonito paseo por los cayos. Creo que conseguiré que celebre usted una bella fiesta, *miss* Roberston.

—Puede llamarme Ana.

—A mí, Noah.

—De acuerdo, Noah... Usted parece un hombre agradable; tal vez no encaje mucho su profesión.

—Es provisional. En realidad, pronto mi nombre formará parte del rótulo de la compañía: «John, Miller & Holden, Inc.».

—Entiendo... Y le felicito. Parece ser que lo ha ganado por sus méritos.

—Eso creo. Gracias por su felicitación... y por el martini. Puesto que es la hora del almuerzo, no quiero abusar.

Dejó el vaso vacío sobre el céspedes y alzó el rostro, mirando a Ana, a Odile Douglass; ella sonreía levemente, y dijo:

—O usted es demasiado caballeroso, o un poco tímido, Noah.

—Simplemente, correcto, diría yo —fue la respuesta de Noah.

—Bien, claro... Hasta el domingo. ¿A las seis? Daremos ese

hermoso paseo que me has prometido.

—A las seis, de acuerdo. Prometo ser un buen anfitrión, Ana. A veces, en momentos inesperados, surge algo de lo que se guarda un recuerdo inolvidable. Yo concibo la vida como algo compuesto de una serie de situaciones superpuestas; las vulgares quedan enterradas, abajo, en el fondo; las situaciones importantes siempre emergen.

—Creo que estoy de acuerdo contigo.

—Ya es bueno, para empezar. Saluda a tu padre. Supongo que le molestaría si fuese a despedirme.

—Oh..., mi padre... Sin ser viejo, creo que ha sufrido demasiado. En fin, no importa, yo te despido de él. Hasta el domingo, Noah.

Él la miró. Ella se había quitado las gafas entonces, para que no estorbaran. Sí..., la mirada negra de Ana era metálica en aquellos momentos; unas pupilas no humanas, unas pupilas sintéticas. De todos modos, los labios no eran artificiales, y Noah se vio obligado a inclinarse, para besarla, notando, de pronto, que Ana parecía sentirse como en una hoguera, allá, bajo el sol del trópico puesto que correspondió al beso con mucha más fuerza de la que imaginaba Noah.

El hombre del

F. B. I.,

se puso luego en pie y dirigió un simple vistazo al cuerpo de Odile Douglass, cubierto sólo en parte por el cortito albornoz... Cuidado con el fuego...

—Hasta el domingo a las seis, Ana —musitó.

Y se largó, sin más, con el cerebro un poco embarullado, y los labios ardiendo. Estaba claro que Odile era una mujer con temple; no había demostrado sospechar de él, pero... Entre las tonterías de Owen y la presencia de Noah en la quinta, la alarma estaba sonando; de eso no le cabía duda a Noah. Y... no le molestaba que sonara la alarma, ya que ello implicaría movimiento.

Y eso era lo que precisaba: movimiento.

Ya estaba en el coche, y rodó por la rampa, tomando luego la carretera. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, tomó la radio y conectó con Owen.

—A la escucha —respondió Owen.

—Lárgate.

—Oye... ¿iba a disparar de veras?

—Por unos instantes, deseé que te quedaras, por idiota —
masculló Noah—. No has debido dejarte ver.

—Demonios...

—Por un dólar que cuesta un *whisky* en el
«Harold's»,
puedes ver «streap-tease», sin el menor riesgo, e incluso
cómodamente sentado.

—No quieras comparar, ¿eh? Esa mujer es realmente hermosa.

—Y peligrosa. Es Odile Douglass... Lo es, pese a su cabello
teñido y sus pupilas artificiales. Además, tampoco hay nada
artificial en su cerebro; sospecha ya de nosotros. Así que esfúmate.
Yo me ocupo de todo. Ya hablaré con el inspector Nilsen, y
llegaremos a un acuerdo. Tengo la impresión de que antes del
domingo quieren abandonar esto. Me pregunto qué es lo que
traman, o lo que han hecho... Bien, es todo. Fuera.

Cortó.

Siguió carretera adelante, hasta llegar a un restaurante de
segunda categoría, enclavado sobre unas tablas, encima del agua
del mar. Allí almorzaría y perfeccionaría sus planes.

En su propio dormitorio de la quinta, Odile se había quitado las
prendas normales, procediendo seguidamente a cierta
transformación, a cierto disfraz, consistente, en realidad, en un traje
de goma, negro, submarino. Se colocó todo, excepto la máscara.
Resultaba una figura soberbia, con la goma pegada al cuerpo y
suelto el negro cabello. Se había cambiado a media luz y con la
ventana cerrada.

Estaba tomando las aletas y la máscara con gafas, cuando sonó
una llamada a la puerta.

—Entra.

Se abrió la puerta y apareció el tal Roberston, quien dirigió una
mirada especulativa, calculadora, a Odile.

—Están llegando —dijo Roberston.

—Y yo ya estoy lista. ¿Se preparan?

—Sí... Están en el sótano.

—Me reuniré con ellos cuando estén listos.

—Está bien... Jutta, yo soy el jefe del grupo; lo sabes, ¿no?

—¿Alguien lo ha discutido?

—No... No obstante, parece que eres tú quien quiere imponerse. Yo afirmo que no es necesario correr el menor riesgo esta noche. Por mi parte, cada uno volvería a su sitio, ocultándose lo mejor posible, hasta el momento de actuar en serio. Hemos sido observados por dos hombres del

F. B. I.,

según afirmas.

—Es cierto. De todos modos, Togorki, no podemos dejar las cosas como están. No hemos conseguido el tiempo que nos proponemos, y es imprescindible, si queremos tener éxito.

—Pero esta noche, en tensión...

—Exacto, Togorki, en tensión. De eso se trata. Hasta ahora, lo hemos hecho todo con absoluta tranquilidad. Pues bien: vamos a ver cómo respondemos en momentos de tensión. ¿Lo comprendes? Por otra parte, vamos a salir de aquí camuflados. Ellos no han sido vistos entrar, ni serán vistos salir, en el supuesto muy probable, seguro, diría yo, de que nos estén observando. No verán nada. Nuestra actuación de esta noche es necesaria, y no comporta el menor peligro.

—¿No se podría actuar en serio esta noche?

—¿Por qué, Togorki? Creo que hemos preparado durante bastante tiempo lo que debemos hacer, ¿no?

—Bien...

—De todos modos, no quiero que por mi culpa surjan recelos; no quiero herir tu susceptibilidad, Togorki. Si tú ordenas que se anule la prueba, se anula. Si tú ordenas que se haga el trabajo esta noche, se hace. Le único que yo trato de conseguir es una nueva prueba, esta vez con elementos desfavorables, y comprobar nuestras reacciones. Tú tienes la palabra.

Togorki reflexionaba.

—Debo admitir que tienes razón, Jutta —dijo—. Supongo que el F. B. I.,

se limita, de momento, a una vigilancia disimulada, mientras que, por otra parte, sus servicios estarán investigando sobre Al Roberston, y aunque aparentemente puedo sentirme sólido en ese sentido, si se lanzan a fondo, que lo harán, se descubrirá mi falsa

identidad.

—Sin duda, pero eso no lo harán en dos días. Estamos ya en pleno

«week-end»,

viernes por la noche... Vigilarán, simplemente, sin ver nada. Toma una decisión, Togorki.

—Ya está tomada. Adelante, Jutta. Y suerte.

—No creo que sea cuestión de eso, Togorki... Influye mucho el temple y la preparación; la parte técnica no es despreciable tampoco.

Togorki esbozó una leve y cansada sonrisa.

—Sí..., todo es muy importante, Jutta, no cabe duda. Sin embargo, voy a decirte algo: tengo ya cincuenta y cuatro años y mucha experiencia; lo que me ha permitido cumplir esos cincuenta y cuatro años, no te quepa duda, ha sido la suerte. La consideres necesaria o no, yo os deseo que la tengáis abundante. Bien..., los otros deben estar listos.

—Vamos, entonces.

Salieron del cuarto de Jutta Donetz, y se dirigieron hacia un pasillo, con puerta hacia unos sótanos; la puerta estaba abierta, y había luz en el sótano, donde tres hombres, vestidos con trajes submarinos, estaban fumando, con aparente tranquilidad, en espera de Jutta. Ésta descendió al sótano y les miró uno a uno, y luego el material y preparativos.

—Jahnke, Dressen, Skobline... —saludó—. Esta noche es el último ensayo. Tenemos al

F. B. I.,

encima, ya lo sabéis, ¿no? Veremos cómo salen las cosas. Cuando queráis. Por fortuna, no hemos de ir muy lejos. Es lamentable que por culpa de otros algunas cosas hayan salido mal... Trataremos de solucionarlo. Andando.

Entre aquellos tres hombres y Jutta, recogieron ciertos materiales, y, silenciosos, se deslizaron hacia una bóveda, que les permitiría recorrer, ocultos, unas yardas muy importantes, ya que a la salida estarían fuera del alcance de cualquier mirada, cerca del fondeadero.

Togorki quedó solo allí. Por fin, con la cabeza inclinada, tal vez con un gesto de inseguridad, salió, tras apagar la luz.

IX

CUATRO sombras silenciosas se echaron al agua, sin ruidos, sin chapoteos, a pocas yardas del amarradero. Se trataba en realidad de aguas bastante profundas en aquel tramo, y los tres hombres, con Jutta Donetz, pudieron sumergirse fácilmente, auxiliados con sus tubos de oxígeno, su equipo completo subacuático. Luego, nadaron, alejándose de la orilla, pero no demasiado; consideraban que cincuenta yardas era suficiente. Aparte de eso, la profundidad era mucho mayor allí.

Jutta nadaba en cabeza del grupo, puesto que era la única que llevaba luz. Los otros pasaban inadvertidos entre las aguas.

Nadaron las cincuenta yardas y aún se hundieron más, hasta llegar al fondo.

Jutta se situó del modo estudiado, de modo que lo mismo la luz de su frente, como la que llevaba en la diestra, alumbrasen aquel pequeño tinglado armado en aquella zona.

Algo que parecía para jugar.

Se trataba de un cable oceánico de conducción telegráfica, con varios hilos; un cable de dos pulgadas de grosor, perfectamente aislado y protegido, por medio de goma plástica, muy fuerte, y masa de papel; un cable que estaba sujeto a dos rocas, de modo que quedaba tenso, tirante.

Jutta hizo una seña, y los tres hombres, sin la menor prisa, empezaron a preparar las cosas. De entre las rocas había extraído un trozo de cable de las mismas características que el anterior, cuyos hilos, siete en total, perfectamente aislado cada hilo en su agujero, estaban al descubierto. El cable lo tomó Skobline, mientras que Dressen quitaba de una funda un extraño artefacto.

En realidad, se trataba de un soplete oxiacetilénico, con un

recipiente de toma de aire a presión acoplado. Al salir el aire a presión, se forma, bajo el agua, una gran burbuja, que es lo llamado «atmósfera artificial», que permite la existencia de aire entre el objeto con el que se ha de usar el soplete y la llama de éste.

Sin la burbuja, sin ese aire, sería, naturalmente, imposible mantener la llama bajo el agua.

El soplete, su llama, además, puede conseguir una temperatura situada entre los dos mil quinientos y los tres mil grados centígrados.

Con el soplete en la mano, a punto de entrar en funciones, estaba Dressen, mientras que Skobline sujetaba el cable con los hilos al descubierto y Jahnke preparaba otros elementos. En la preparación, por lo visto, no había prisa; cada uno de aquellos hombres preparaba concienzudamente su trabajo personal.

Luego, cada cual hizo su seña, mientras que Jutta observaba el cronómetro subacuático que llevaba en la muñeca izquierda. Por fin, Jutta dio la señal, y los tres hombres se lanzaron al trabajo, con auténtica fuerza, con movimientos precisos, estudiados, ensayados...

El primero en actuar fue Dresser, el del soplete oxiacetilénico, quien puso en funcionamiento el aparato, creando la burbuja, la «atmósfera falsa», y sin esperar a que adquiriese el tamaño normal, apuntó el soplete al cable tensado entre dos rocas, y apareció la llama, deslumbrante aun en el fondo del mar. La llama, en un instante, cortó totalmente el cable tensado; partido por la mitad, simplemente.

Dressen dio por finalizado su trabajo. Entró en funciones Skobline, uniendo velozmente los hilos del cable que sostenía a los cortados por el soplete. Las manos de Skobline se mostraron firmes, rápidas; cada hilo encajó en la hendidura del cortado por la llama del soplete.

Terminó Skobline, y actuó Jahnke, utilizando una cajita conductora, que dejó perfectamente empalmados todos los hilos.

Todos miraron a Jutta, la cual asentía con movimientos de cabeza. Luego, tranquilos, se dedicaron a colaborar en el revestimiento del cable empalmado. Una vez finalizado el trabajo, miraron a Jutta, la cual hizo una seña. No hacía falta tocar aquello; era suficiente.

Poco después, iniciaron el regreso.

Sin incidentes, sin tropiezos, salieron a tierra y buscaron la entrada de la bóveda que conducía a los sótanos de la quinta. Llegaban unos minutos más tarde, y se desprendieron de las respectivas máscaras, dejando el rostro al descubierto.

Cuando Jutta encendió la luz, ya llegaba Togorki.

Todos miraban a Jutta, interrogándola en silencio. Jutta incluso se permitió una sonrisa.

—Felicidades —dijo—. El tiempo conseguido esta noche ha sido excelente: treinta y dos segundos.

Hubo unos murmullos entre los tres hombres que habían trabajado en el empalme del cable.

—Sólo ayer necesitamos cuarenta y nueve... Es curioso, ¿no? —dijo Skobline.

—De todos modos, mañana, cuando se ha de realizar en serio la operación, deberíamos mejorar, por lo menos, en cinco segundos el tiempo —dijo Jutta—. Todos sabemos lo importantísimo que es conseguir un tiempo mínimo. Por lo visto, hoy la tensión os ha empujado; mañana, esa tensión será mucho mayor; estará multiplicada.

—No está tan mal treinta y dos segundos, Jutta... —dijo Togorki—. Yo no esperaba que lo consiguieran.

Jutta les miró a todos, con rostro grave.

—Se trata de que Skobline introduzca los hilos con mayor presión en las hendiduras, sólo eso. Ha ido mejorando día a día. En cuanto al material con el que vamos a trabajar, es idéntico al utilizado estos días. Sabemos el sitio exacto donde debemos actuar con mayores posibilidades de éxito, dicho antes: todo está listo para mañana. Por tanto, cada uno a su puesto. Mañana sábado, a las diez de la noche, todos aquí.

No hubo nada que oponer.

Los tres hombres empezaron a cambiarse, y Jutta salió del sótano para hacer lo propio en su dormitorio.

Mientras se cambiaban, Jahnke miró a Togorki, e inquirió:

—¿Tú lo tienes todo listo?

—Lo mío es una parte técnica en cierto modo sencilla. Lo que he hecho, ha sido comprobar el buen estado de los dos aparatos. Todo en orden en ese aspecto. Una vez realizada, la conexión, el

empalme, habrá sido un gran trabajo.

Jahnke miró a Togorki, y dijo:

—No olvidemos al

F. B. I.

¿Dónde hemos cometido el fallo, maldita sea?

Togorki le miró de un modo raro.

—No aquí, Jahnke —dijo—. El fallo se cometió con el portador del dinero. Nosotros, naturalmente, no somos culpables de que Djilom fuese descubierto y detenido. Los esfuerzos de Terboven dieron resultado, los nuestros también. No quiero acusar a Djilom de su fracaso, pero nuestra situación, no muy clara ahora, se la debemos al fallo de Djilom. Entre nosotros no ha habido el menor error. En cuanto a Delby, tampoco puede ser acusado, puesto que cumplió su promesa de largarse del país con el dinero... Bien..., han llegado hasta nosotros por Djilom. De no ser por éste, no hubiesen descubierto a Delby...

—Claro. Y una vez descubierto Delby, no había por qué hacerse ilusiones —rezongó Dressen.

—Eso es... Esperemos que nos concedan ese margen de veinticuatro horas —dijo Togorki.

—Sí... ¿Y los aparatos?

—No veo el problema; serán instalados adecuadamente. Todos nosotros abandonaremos el país, y nos sustituirá una pareja entrenada, que hará perfecto uso de nuestro trabajo. Obtendrán ellos los resultados, y, en definitiva, de eso se trata.

Parecían de acuerdo.

Unos minutos más tarde, estaban todos vestidos normalmente, dispuestos a abandonar la quinta.

—Atención ahora —dijo Togorki—. Ignoramos si hay dos agentes del

F. B. I.,

vigilando, o veinte. No sé... Puede que, de momento, hasta que no descubran mi falsa identidad de Roberston, no nos tomen muy en serio. De todos modos, atención.

Parecía que sobraba la advertencia.

Y fueron saliendo, a intervalos.

Togorki esperó a que Jahnke, el último, saliera, y entonces apagó la luz, para ir a la parte principal de la quinta y observar el

terreno.

Le pareció inútil, y decidió esperar la llegada de Jutta, para cambiar impresiones.

El primero en llegar a su coche, que había dejado entre un bosquecillo, a casi media milla de la quinta, fue Skobline, un tipo de cabello claro, como los ojos, fuerte, atlético, vestido de oscuro. Skobline, tras haberse asegurado de que no era seguido, abrió la portezuela del coche, y se metió dentro.

En aquél mismo instante, un brezo rodeaba su cuello, con dura presa, y una pistola le acariciaba el rostro.

—Quieto —sonó la seca voz de Noah Holden.

Antes de que Skobline hubiese captado totalmente la gravedad de la situación, la portezuela del coche se abría, y otro agente especial, con una automática en la diestra, apuntaba a Skobline al pecho.

La reacción de Skobline no se hizo esperar. Además, fue sorprendentemente violenta, ágil, dura. Lo que hizo fue lanzar los dos pies contra el pecho del agente del

F. B. I.,

que había abierto la portezuela. A continuación, tras el golpe, que llegó de lleno al blanco, tirando hacia atrás al hombre del

F. B. I.,

Skobline, demostrando una extraordinaria preparación física dio una vuelta hacia atrás, sobre sí mismo, deshaciéndose del abrazo de Noah y quedando ambos, en confusa posición, en los asientos traseros, mientras que Noah, por meros reflejos, no había disparado, ya que, por el momento, no interesaban muertos, sino vivos parlantes.

Skobline, de todos modos, no era de la misma opinión, y en una pirueta difícil de comprender rodeó el cuello de Noah con ambas piernas, y Noah, por unos instantes, sintió la angustia de la asfixia.

Reaccionó, sin embargo, y sus manos, con los dedos rígidos, saltaron varias veces hacia el rostro de Skobline, hasta que uno de los dedos de Noah debió hacer blanco, a juzgar por la muestras de dolor de Skobline, con su grito apagado y su ojo derecho hundido, roto en el interior de la cuenca.

Skobline perdió buena parte de sus fuerzas, lo cual aprovechó

debidamente Noah para zafarse de aquellas duras piernas y derribar a Skobline al fondo del coche, entorpecido por los asientos. Vio que Skobline, con un solo ojo apto, terriblemente brillante, trataba de empuñar el revólver que había soltado Noah, y éste, con un puntapié en el rostro, le tiró hacia atrás, para recoger el rebote con la rodilla, agarrarle seguidamente los cabellos, cuando se abría la portezuela correspondiente, y el agente que antes había sido derribado le asestó a Skobline un fuerte golpe en la nuca con el cañón de su arma.

Luego, resopló, y dijo:

—Menudo tipo, Noah... Si todos son iguales...

—O peores, no se sabe —rezongó Noah—. Ahí tienes las cadenas. Átale sin miramientos y quédate con él aquí.

—¿Utilizamos la radio para...?

—Déjate de radios ahora —cortó Noah—. Se está trabajando en silencio, ¿no? Voy a ver lo que han conseguido los demás.

Noah se ajustó el «polo» negro, y sin enfundar la automática en la funda del costado, abandonó aquella zona, situándose en una colina, entre cocoteros, y con un metascopio, de luz ultravioleta, pudo observar el terreno, con extraños colores, pero podría ver cualquier movimiento y distinguir figuras.

Unos segundos después, guardaba el metascopio y se deslizaba hacia la izquierda, dando un corto rodeo, hasta situarse de espaldas a un hombre que retrocedía, con una automática en la mano. Por la figura de aquel tipo, podía ser Adam Traynor...

Noah le dejó llegar a dos yardas de distancia.

Y entonces saltó sobre él, cuidando, en primer lugar, de paralizarle la diestra armada de un golpe, para hacerle girar a continuación, con el codo preparado; un codo que logró un buen blanco en el hígado de Jahnke, el cual, con el dolor impreso en blanco en el rostro, estaba inclinado, con un mentón que incitó a Noah al puñetazo.

Casi inconsciente, Jahnke retrocedió, hasta quedar en manos de Owen y otro agente del

F. B. I.

—Buen trabajo, Noah —rezongó Owen—. Un tipo duro.

—Sí, es el segundo. ¿Sabes algo de Blake?

En el bolsillo de Noah zumbaba en aquellos momentos la radio.

Noah la extrajo y conectó.

—Noah —dijo.

—Tenemos a uno, Noah. ¿Los otros dos?

—Si tenéis a uno, es que hemos terminado esta parte del trabajo. Los tres tipos han caído. Nos reuniremos todos en la colina, en mi posición.

Cortó, guardó la radio y miró a Owen y al otro. Luego, el rostro de Jahnke, que, recuperado, se mostraba inexpresivo por completo, sin que en sus ojos se descubriera el menor síntoma de que aquello fuese una simple pose por su parte.

—Arriba —dijo Noah—. Hemos atrapado a los tres.

—No está mal, ¿eh?

—No... Podríamos preguntarles qué han estado haciendo en el agua, pero no van a responder. Es preferible que lo descubramos por nosotros mismos. El inspector Nilsen debe ya estar informado..., si ha habido suerte —y miró de reojo a Jahnke, para observar el efecto que aquellas palabra producían en el tipo.

Ningún efecto. No se alteró en absoluto.

Noah se encogió de hombros e hizo una señal.

Fue cuando Jahnke, que había estado preparando su ataque, actuó, justo en el instante en que Noah estaba de costado. Se lanzó contra él, aferrándose a su cuerpo, y ambos rodaron unos instantes, confusamente, hasta que Jahnke, con un esfuerzo desesperado, consiguió clavar sus dedos en la garganta de Noah, y le arrebató la automática.

Quizá el pequeño triunfo le relajó un poco, pero el caso es que abandonó ligeramente su ventajosa posición, haciéndose visible a Owen y el otro. Y fue Owen quien, con enorme sangre fría, sombrío el rostro, disparó el mejor plomo de su carrera, hundiéndolo en un lado de la frente de Jahnke, quien quedó fulminado, encima de Noah.

Noah, con un suspiro, se quitó el muerto de encima, y con la ayuda de los otros dos se puso en pie.

—Tuve que disparar, Noah —rezongó Owen—. El disparo se habrá oído probablemente.

—¿Y qué?

—Los de la quinta...

—Un viejo y una mujer. No vamos a desdeñarles, Owen, pero

imagino muchas dificultades para ellos, si es que tratan de huir. Bien..., reuniros con Blake. Los dos prisioneros que queden bajo custodia... Y... ¿sabes una cosa, Owen?

—¿Qué?

Noah miró el cadáver de Jahnke, y lo señaló con la barbilla.

—Ese tipo es el que conocíamos como Adam Traynor. ¿No se te ocurre nada?

Owen asintió con la cabeza.

—Sí..., es cierto —musitó—. Todo parece indicar que nuestro compañero Terry Strong, de la Delegación de San Juan de Puerto Rico, acaba de ser vengado. Ahora me alegro de haber disparado a matar.

—Muy bien, andando.

—¿Y tú?

—Trataré de ver al inspector. De todos modos, poco importa ya, porque, en definitiva, se trata de entrar en la quinta. Voy a acudir con unas horas de anticipación a cierta cita.

—Tú siempre tan afortunado, ¿eh? —sonrió Owen.

—Por algo será —sonrió, a su vez, Noah.

Y dejó a sus compañeros, para descender, en línea recta, hacia la quinta. No iba a entrar por la puerta principal, pero la causa no era otra que lo innecesario de un rodeo. Saltaría la verja, y listo. Mientras, escrutó el mar, cercano, pero oscuro, con sólo los reflejos de la luz de la luna y las crestas de blanca espuma.

Instantes más tarde, saltaba la verja de hierro, y estudió el camino a seguir para llegar con mayor facilidad a la quinta. Se encogió de hombros y siguió de nuevo la línea recta, ya que no había nadie a la vista.

Cuando llegó hasta las enredaderas, de fuerte ramaje, se dijo que lo mismo daba entrar por las alturas.

X

PUESTO que había luz en el cuarto, que se filtraba por debajo de la puerta, Noah Holden no tuvo el menor inconveniente en empujar aquella puerta y pasar al interior, con la automática en la mano. Y allí, a un lado, con una ceja arqueada y sonriendo levemente, quedó mirando a Jutta, que estaba, precisamente, colocándose la peluca negra, ya que para sus incursiones subacuáticas resultaba impropio.

Jutta, aunque pálida, no mostró miedo, ni emociones. Nada.

Con sus pupilas claras al descubierto, miraba a Noah; simplemente, le miraba, como si se tratase de cualquier objeto lógico.

Era un contraste muy acusado con la dama del mediodía, que ardía bajo el sol, con la piel al descubierto. Por la mañana, fue fuego. En aquellos momentos, una simple brasa grisácea y consumida, fría por dentro y por fuera.

—No os esperaba tan pronto, Noah... —musitó, por fin, Jutta.

—Es una torpeza tratar de adivinar lo que va a hacer el

F. B. I.,

Ana u Odile... Nunca se sabe. Cuando tenemos elementos para actuar, cuando tenemos una base, no nos detenemos. Y aquí estamos. Los tres hombres que estuvieron aquí estén detenidos. Precisaré: uno de ellos, Adam Traynor, está muerto.

—Ya... No hay posibilidades, entonces.

—Ninguna.

—¿Sabes...? Lamento que, en definitiva, no pueda celebrar mi fiesta de cumpleaños contigo.

—¿Por qué no? Puedo ir a felicitarte al calabozo.

—Muy amable...

—No toques el pintalabios, querida; soy alérgico al carmín.

—Es sólo eso: carmín.

—Levántate, con las manos vacías.

—Como quieras...

—¿Dónde está Roberston?

—En su limbo particular.

—Concreta.

—Bueno..., él tiene sus juguetes...

—Despacio, séparate del tocador. Acércate a esa pared, que está desnuda. ¿Es necesario que te registre?

—Oh, vamos, Noah... No me acuesto con armas. Por otra parte, no eres ciego, supongo; las transparencias ya pueden darte una idea de lo que hay.

—Está bien. Siéntate en ese escabel. De cara a mí. Así. Ahora, empieza a explicarte.

Jutta pareció vacilar.

—¿Dices que tienes a dos prisioneros con vida?

—Sí.

—Bueno, ellos son muy duros... Pero yo no tanto, ni tampoco el infeliz Togorki... Creo que entre cuatro que tenéis entre vuestras manos alguien ha de ser el débil. Dejemos que sea la mujer; es más femenino, y en determinadas circunstancias la feminidad es muy importante.

—La feminidad es siempre importante, querida.

—No. ¿Hacemos la prueba? Seguro que contigo no lo sería ahora, Noah.

—Tú no estás hablando de feminidad ahora. Te refieres a una vulgar trampa de mujer hermosa que, en efecto, no surtiría efecto. Y dejémonos de frases, de rodeos. Vuestra misión, Odile. Eso es, concretamente, lo que necesita saber el

F. B. I.

—Lo comprendí, Noah —sonrió, irónica, Jutta—. De todos modos, no tengo por qué mostrarme débil antes de tiempo. Admito que temo al dolor físico, pero, por ahora, no experimento ninguno.

—Entiendo... He de mostrarme violento, ¿eh?

—Por supuesto, querido.

—Lo lamento, entonces.

En aquel instante se oyeron pasos en el corredor del piso, y

Noah, tenso, miró a Jutta, y musitó:

—Ahí quieta.

Y apenas tuvo tiempo de saltar detrás de la puerta, cuando ésta se abrió, dejando paso a Togorki, quien empezó a hablar:

—He estado pensando, Jutta. Los aparatos tienen que ser trasladados sin demora; cualquier sitio será bueno, excepto esta quinta. Supongo que lo comprendes. Tenemos grutas en las rocas cercanas; se puede adquirir una quinta o casa menos llamativa... En fin, sacarlos de aquí es imprescindible, y conviene estudiar su nuevo emplazamiento.

Jutta sonreía irónicamente.

—Muy bien, Togorki. Hazlo.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué haces con la peluca a medio...?

—Buenas noches, Togorki. No se moleste en tratar de utilizar violencia alguna.

Togorki, muy pálido, se volvió.

—Usted.

—Bueno..., en cierto modo, voy a purificar esto, Togorki. ¿No le parece?

—Bien... parece que han ganado.

—No es que lo parezca, Togorki. No es sólo una impresión suya; es la realidad. De todos modos, entre usted y Jutta, espero que lleguemos al fondo de la cuestión. Empezaremos desde el momento en que ustedes necesitan un millón y medio de dólares. ¿Para qué?

Togorki se pasó la lengua por los pálidos labios. Jutta seguía con su sonrisa; un poco cansada, triste, y ya no se preocupaba de disimularlo. Y dijo:

—Los demás han caído, Togorki. ¿Crees que debemos callar?

—¿Han... caído?

—Nos vigilaban estrechamente, y con más efectivos de los que podíamos suponer —dijo Jutta—. Esta vez, el error, sin duda, ha sido nuestro, Togorki.

—¡Te dije que podíamos prescindir del ensayo de esta noche!

—Oh, no... Fue un placer comprobar nuestros grandes progresos. Hubiésemos realizado algo casi perfecto, Togorki, y tú lo sabes.

—Bien..., pero he aquí el resultado...

—Hubiese ocurrido, de todos modos. ¿Qué vamos a lamentar

ahora? ¿Acaso no estaba en nuestras mentes la posibilidad del fracaso? Oh, vamos, hay que ser realistas. Íntimamente, cada uno de nosotros, cuando aceptó la misión, sabía muy bien que el retorno no era seguro ni mucho menos. Es lamentable; aprecio mi vida y mi libertad. No obstante, también pudo aceptar con una sonrisa la derrota.

Y sonrió, sí.

Con mucha amargura.

Noah la miraba, con cierta admiración. Dijo:

—Sigue, Jutta. Háblame de todo eso.

—No le haré, Noah.

—Como quieras... Togorki es más débil que tú.

—Tal vez.

En aquel momento, se oían pasos de varios hombres, y Noah miró hacia el pasillo. Sonrió brevemente al reconocer la voz del inspector Nilsen. Instantes más tarde, Nilsen penetraba en aquel cuarto, sin molestarse en empuñar su arma. Le seguían varios federales, unos armados, cubriéndole, y otros portando objetos extraños para Noah, que miraba todo aquello con las cejas juntas y un brillo de comprensión en sus pupilas.

—¿Lo entiendes, Noah? —inquirió el inspector.

—Creo que sí...

—Demonios... Si lo hubiesen conseguido, habríamos estado poco menos que desnudos ante ellos... Concretamente, todas nuestras instalaciones en Cabo Kennedy Y no me refiero sólo a las exteriores; nos hubiesen explorado por dentro, habrían sabido casi tanto como nosotros... Y por un procedimiento en verdad sencillo...

—Suele ocurrir, señor. Lo más sencillo suele ser lo más práctico y útil. De todos modos..., hay cosas que no acabo de entender. ¿Eso lo han sacado del mar?

—Sí... Eh, dejadlo todo en el suelo.

Los agentes del

F. B. I.,

obedecieron. Dejaron cables, soplete, cajas de empalme...

Jutta y Togorki lo miraban todo con tristeza; con un aleteo de miedo también. Ya no había posibilidad de evasivas, de paliar la verdad, de conseguir restar importancia al proyecto, a la operación...

Noah miró a Jutta.

—¿Y bien? —inquirió.

—Eso lo utilizábamos para ensayos —dijo—. Llevamos unos días realizando pruebas, en el mismo ambiente en que debía realizarse el trabajo definitivo. Puesto que lo adivináis, no tengo inconveniente en decir que se trataba de cortar el cable oceánico de telegrafía que enlaza la Base de Miami con Cabo Kennedy. Eso es lo que pretendíamos, con el inconveniente de que existen a su vez líneas telefónicas en los hilos, y ahí radicaba el peligro, y de ahí, precisamente, los ensayos, para realizar la operación en el mínimo tiempo posible. Hemos conseguido treinta y dos segundos esta noche.

Hubo miradas de asombro entre los federales.

Noah se acercó a Jutta.

—¿Estés tratando de decir que en treinta y dos segundos erais capaces de cortar los cables oceánicos nuestros, y empalmar, realizar una derivación privada, a circuito cerrado, para vosotros?

—Eso es, exactamente, lo que hemos hecho en treinta y dos segundos. En cuanto a la operación real, estaba proyectada para mañana sábado, por la noche, a las diez. A esas horas, y en fin de semana es más factible la realización del empalme, por razones obvias: existe sólo un servicio de emergencia, menos personal, menos trabajo, menos actividad, en suma; mucha menos. Lo mismo telefónica que telegráfica. Por consiguiente, en un día, una noche de escaso movimiento, treinta y dos segundos de corte telegráfico y telefónico es un buen tiempo para que nadie observara tal corte en los servicios. E incluso de haberlo observado, tal vez no le habrían concedido la real importancia que tenía.

—Sí... Comprendo perfectamente. Un corte brevísimo: treinta y dos segundos. Cabe, por supuesto que cabe, la posibilidad de que en esos treinta y dos segundos no estuviera en funciones servicio alguno, y vosotros, de un modo perfecto, situáis una conexión, un circuito cerrado, de uso particular, privado, interceptando todos, absolutamente todos los mensajes entre Miami y Cabo Kennedy.

—Eso es, Noah. Y... con ciertas particularidades.

—¿Por qué no sigues, Jutta?

—Sí. ¿Por qué no? Tenemos en nuestras manos dos aparatos eficacísimos. Uno de ellos es de los llamados «Wirephoto»,

fotografía alámbrica, que mediante papel electro-sensitivo recoge las imágenes punteadas mediante rayos eléctricos. Por consiguiente, estabais en lo cierto al decir que quedabais al desnudo, de haber conseguido nosotros finalizar la operación. Hubiésemos recibido todos los mensajes, telegráficos y telefónicos, y, además, copiosas fotografías.

—Vaya...

—El segundo aparato, un «Intrafax» de la «Western Union», es aún más sensible que el primero, y hubiese captado imágenes de televisión interiores de Cabo Kennedy. Bien..., debo alabar los adelantos científicos de vuestro país, Noah; adelantos que hubiesen sido útiles para informar al nuestro de vuestros progresos. Miles de mensajes, de fotografías, también fotografías de las imágenes de la pantalla del «Intrafax», hubiesen viajado muy lejos de aquí. Una América, unos Estados Unidos sin secretos prácticamente, ya que, todos lo sabemos, Cabo Kennedy no es sólo la base de lanzamiento de los aparatos con misión espacial, sino también de ingenios bélicos.

—Eso lo sabrás tú, Jutta... —Gruñó Noah—. Es..., tengo que confesarlo, asombroso. Realmente asombroso. Con treinta y dos segundos de trabajo...

—No, querido... Se requería mucho más tiempo para ponerlo todo en servicio. Los treinta y dos segundos eran los vitales, los que debían marcar el éxito o el fracaso. Luego... había muchas cosas que hacer.

—Comprendo... En el «Ojus» cargasteis todo lo necesario. Cables, el «Wirephoto», el «Intrafax»... ¿No es eso? ¿Es el material que os consiguió Delby? Ese material que ha costado millón y medio de dólares, ¿no? Un millón y medio de dólares que, en definitiva, ha sido la base de vuestro fracaso.

—Sin duda. Salió mal lo de Djilom, pero no lo demás, hasta ahora. Delby cumplió. Nos entregó todo el material que necesitábamos y se marchó luego.

—Me pregunto cuánto tardará Delby en estar entre nosotros, para responder a las acusaciones que se le formulen, muy concretas, por cierto. Y debe haber un mayor número de implicados, puesto que no es fácil obtener el cable suficiente, y los dos aparatos, «Intrafax» y «Wirephoto». Sí..., mucha más gente está implicada en

esto.

—Eso ya no es cosa nuestra —dijo Jutta—. Nos basta con nuestro propio fracaso... Tal vez otro error fue el de confiar en la gente que solía utilizar Delby... El tal Brennan, Sheldon..., gente de poco temple. Pero, naturalmente, nosotros no íbamos a hacerlo todo... Nosotros nos limitamos a esperar el buque, y luego lo acercamos al fondeadero. Descargamos, dejamos el cable en el mar, y los aparatos pasaron a disposición de Togorki... Pero, repito, quizá utilizando gente de mayor temple, el

F. B. I.,

no hubiese llegado con tanto margen, con tanta oportunidad, hasta nosotros.

—Admito que eso es muy probable. Brennan, Sheldon... y otros como ellos, pierden fácilmente la serenidad. Bien... ¿Es todo, Jutta?

—No es poco.

—No... Con sólo dos días de retraso, o menos, y treinta y dos segundos por vuestra parte, quedábamos al descubierto... No es poco, ciertamente... Es demasiado, en realidad —gruñó Noah—. ¿Dónde están los aparatos, Togorki?

El tipo miró a Jetta, y luego inclinó la cabeza. Silencioso, empezó a caminar, y tras él casi todos los agentes del

F. B. I.

Otros muchachos estaban cursando mensajes a Owen, Blake y a la Delegación. Habría que recuperar las doscientas yardas de cable que había en el mar, y todo el resto del material. Conducir a los prisioneros a la Delegación, interrogarlos formalmente, redactar informes...

Noah se acercó un poco más a Jutta. La miraba, en silencio.

Ella alzó la cabeza, y musitó:

—No creas que estoy obsesionada, pero pudo salir bien... Un poco de suerte, sólo eso. Togorki, en definitiva, tenía razón. Con unas horas de trabajo, doscientas yardas de cable, que es la distancia que hay desde el oceánico hasta la costa, y un millón y medio de dólares, hubiéramos asombrado al mundo.

—Seguramente. ¿Sabes cuáles eran las relaciones de Delby para conseguir todo ese importante material?

—No.

—Bien...

—¿No vas a creermelo ahora?

—Sí. Delby caerá, de todos modos. Ese millón y medio de dólares no va a traer suerte a nadie. Ni siquiera al

F. B. I.

Ese millón y medio de dólares es una colilla comparado con la vida de uno de nuestros hombres, Jutta. Y, ¿sabes?, lamento decirte que cuando seas juzgada nadie olvidará que estuviste presente cuando murió nuestro agente.

Jutta inclinó la cabeza. La peluca negra, e medio poner, cayó al suelo.

Como todo lo que se derriba.

—Una operación preparada largo tiempo... —musitó Jutta—. Había que encontrar el cable oceánico; eso, en primer lugar, y examinar sus características. Luego, buscar al hombre que nos suministrara el suficiente. Más tarde, los aparatos; seguidamente, el dinero... Mucho trabajo, mucha angustia, para nada... No es agradable fracasar, máxime cuando el triunfo ha estado cerca. Falló la suerte.

Se dio cuenta de que Noah la miraba incluso con algo de compasión, y calló. Por lo visto, le molestaba la compasión. Y Noah dijo:

—Vístete. Nos vamos, Jutta. Y... quizá deberías buscar más profundamente las causas del fracaso. Pero eso es cosa tuya.

Exacto: encanto.

Y luminosidad.

Y era bonita, joven, sin el cuerpo quemado a veces y frío otras de ciertas mujeres. Un cuerpo juvenil, lleno de vida pujante. Además, su sorpresa, su sonrisa en aquella boquita sedosa y húmeda...

—Noah... Iba a llamar a la Delegación, pero como es domingo...

—Eso mismo he pensado yo: que es domingo. Bien...

—¿Ya... terminó todo, Noah?

—Sí.

—¿Puedo saber qué...?

—Máximo secreto, querida —sonrió Noah, gravemente.

Chica lista Berenice, ya que comprendió la sonrisa de Noah, y su respuesta, y no insistió. Dijo:

—Son las doce, Noah. ¿Qué se te ocurre?

—A mí se me ocurren las cosas sobre la marcha. Por tanto, cámbiate, y nos vamos. Sin preguntar.

—No pensaba hacerlo.

—Excelente...

—Noah..., ¿qué tal si mejoras un poco tu impresión hacia mí?

—Es una gran idea.

Berenice mostraba los labios. Noah, avaro, la atrapó, de apoderó de ella y la besó largamente. Pues sí, la impresión iba mejorando por momentos. Berenice, por su parte, empezó a saber por qué algunas mujeres tienen éxito, e incluso empezó a pensar que no necesitaba preocuparse por su empleo.

Algo parecido sobre el empleo de Berenice pensaba, bastante asustado, Noah Holden. Pero... cada vez era más grata la impresión...

Y así hasta casi las cuatro de la tarde, cuando sonó, un poco desfallecida, la voz de Berenice:

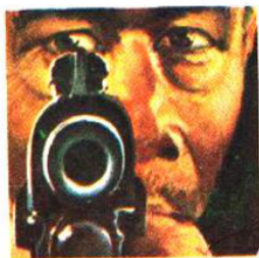
—Noah...

—¿Sí, cariño?

—Tengo hambre...

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA

